

CORRESPONDENCIA

FO-KIEN NORTE (China)

La intervención diabólica en países infieles.—Conversiones

El Rdo. P. Fr. Joaquín Ibáñez, de la Orden de Predicadores, escribe desde Fo-cheu, el 2 de Mayo de 1893, al reverendísimo Padre Provincial:

EN cumplimiento de lo que me encargó V. R., de que le diera cuenta de los sucesos más notables, y también de los hechos verdaderamente edificantes que ocurrieran en la Misión (que nunca suelen faltar en la formación y progreso de las nuevas cristiandades, donde más visiblemente suele obrar la gracia del Señor), le referiré un caso que me pasó estando en el distrito de la villa de Fogán, á fin de hacer manifiesta la misericordia de Dios, para que todos la alaben, al ver los modos raros y extraordinarios de que Dios Nuestro Señor se vale para salvar á los hombres.

Había en la villa de Fogán un hombre bautizado, pero en su porte completamente gentil; tanto que se había casado con una mujer infiel y todos sus hijos estaban sin bautizar, viviendo todos á manera de gentiles.

Este hombre era hijo de madre cristiana y padre gentil, y se bautizó de niño; mas habiendo muerto sus padres siendo él muchacho, se puso á servir en tiendas de gentiles, y ya no se cuidó más del carácter cristiano que tenía.

Llevaba ya algunos años de casado, cuando Dios Nuestro Señor, que es Padre de misericordias, en sus juicios inescrutables se valió del mismo demonio á quien estaban sujetos (cosa bastante frecuente en estas tierras), para traerlos al redil de nuestra Santa Madre la Iglesia.

Empezó el maligno espíritu por robarles ó esconderles las cosas de casa, romperles los trastos y vasijas, no dejarles cocer la comida echándoles ceniza y otras cosas en ella, y otras mil diabluras por el estilo.

Como sucede ordinariamente, cualquiera cosa de éstas al momento se publica, y se habla, y se cuchichea que en la casa de fulano hay mal espíritu, y por eso también los cristianos vecinos de esa casa me lo venían á contar á mí.

Año II.—N.º 30

Yo, que á estas cosas (á pesar de que en China son frecuentes) no les suelo dar mucha fe, oía y me callaba y lo dejaba pasar, aunque á veces según las cosas que pasaban y el modo como lo contaban, parecía claro que era cosa del diablo.

No sé cuántos meses se pasaron en estas que parecían burlas, algo pesadas, de algún travieso y mal intencionado, sin que yo manifestara darles importancia ninguna, y sin que ninguno de sus vecinos (casi todos eran cristianos) se alarmasen por ello.

Pero sucedió que hubo cosas más serias, y empezó á prenderse fuego en varias partes de la casa y en diferentes ocasiones; entonces fué cuando los vecinos, alarmados y asustados, me vienen á mí con el famoso *Quid faciendum?* Después que los infelices gentiles estaban

sufriendo hacía casi medio año tantas molestias, á nadie se le ocurrió el pedir remedio, y ahora que corren peligro sus casas, nada, al Padre misionero que nos saque de este apuro. Yo de primeras les respondí:

—Pero y yo ¿qué creéis que puedo hacer? ¿Acaso puedo yo impedir que el diablejo ese, ó lo que sea, os queme las casas?

No se quedaban satisfechos. Después se me ocurrió una idea, la cual tal vez fué excitada ó por el peligro de un incendio, ó por ver la congoja de las cristianos, ó tal vez por Dios Nuestro Señor.

Uno de los que más me instaban á poner remedio, era un cristiano muy fervoroso llamado Lau-ung-chu, sobrino de dos sacerdotes católicos indígenas, y vivía

junto á la casa del gentil. A éste le manifesté la idea que se me había ocurrido.

—Ya sabes, le dije, que ese Tein-huc-keing está bautizado, y por consiguiente que es cristiano; también sabes de la manera que vive, sin diferenciarse en nada de un gentil, y tiene su mujer é hijos gentiles: ¿quién sabe si Dios Nuestro Señor ha permitido que ese infeliz sea molestado por el demonio á cuyo imperio se ha vuelto á someter al abandonar la Religión cristiana; y lo ha permitido precisamente para que, avisado con este pequeño castigo de lo que espera si sigue en tal estado, se convierta él y su familia! Mira, vete á su casa y dile que el Padre te ha encargado que le digas esto.

En efecto, fué á su casa y se lo dijo.

45 Marzo 1894



ISLAS MARQUESAS.—Tipo marquesino picado. (Pág. 128)

Al siguiente día vino el infeliz á la iglesia, triste y abatido, excusándose de haber abandonado la Religión, prometiéndome que se convertiría, y por último me rogó que fuese á bendecirles la casa. Fuí allá y se la bendije simplemente; después allí mismo su mujer é hijos prometieron también que se harían cristianos: les mandé quitar y destruir toda clase de objetos supersticiosos, les di estampas, rosarios, medallas y libros de Religión, y encargué á la familia vecina, que son cristianos viejos, que les enseñasen y consolasen.

Al principio parece que el diablo como que se acordó ó se quedó en expectativa, pues pasó una temporada sin molestarles; pero cuando vió que la conversión iba de veras, y que ya sabían el rezo y el Catecismo, vuelve el maligno con más furia, y no les dejaba en casa títere con cabeza, y las estampas y libros de rezo todos se los destrozaba por más escondidos que los tuvieran.

Yo me temí que con esta arremetida volvieran atrás y lo echaran todo á rodar; pero gracias á Dios no sucedió así, sino al contrario, y ya con mis exhortaciones, ya con lo que les animaban los cristianos, y más principalmente por la gracia de Dios, cuanto más los molestaba el diablo, más firmes estaban ellos en aprender la doctrina.

Sucedía todo esto por los meses de Enero y Febrero, y por la Cuaresma del mismo año estaban ya bastante instruídos en el rezo, doctrina y prácticas cristianas, aunque solamente la mujer y los hijos, pues el padre todavía retardaba el convertirse por no confesarse. ¡Cuán cierto es que más cuesta reformar una cosa que hacerla de nuevo! pues á este infeliz, que ya estaba bautizado y era cristiano, le costaba más trabajo el confesarse que á su mujer é hijos gentiles el convertirse.

Como el diablo toda aquella Cuaresma seguía con sus molestias, vino la mujer á la iglesia y me pidió con muchas instancias que les bautizase. Me sorprendió petición tan repentina, y me figuré si pediría el bautismo creyendo que con eso les dejaría el diablo. Yo con buenos modos y palabras procuré animarla y consolarla, y retardaba el bautizarlos hasta ver en qué paraba aquello; pero dicha mujer no quedaba satisfecha con mis buenas palabras, y á los pocos días volvía otra vez instando que la bautizase. Por una parte tenía lástima, y por otra me temía que si los bautizaba tan pronto estando ellos bajo aquella impresión, si después el diablo prosigue con sus molestias, tal vez lo echara más á perder; así que seguía con mi método de exhortarla y animarla, y una vez le añadí:

—Mira, mujer, he sabido que después de Resurrección viene á Fogán el señor Obispo: mejor será que aguardes un poco y él os bautizará.

Siempre bajo la mira de írselo retrasando; pero ni por esas: al poco tiempo ya la tenía otra vez pidiendo el bautismo.

Entonces le dije:

—Mira; si vienes á bautizarte creyendo que después de bautizada el diablo os dejará en paz, yo no me atrevo á bautizaros, porque ¿quién sabe los juicios de Dios? y si después que os bauticéis Dios permite que el diablo os siga molestando, me temo que tal vez no lo podáis sufrir y os volváis atrás.

Aquí la mujer, con una fe digna de un cristiano antiguo, me respondió:

—Padre, no temas; yo me quiero bautizar no precisamente por librarme de estas molestias, sino porque quiero ser cristiana; ya antes había tenido ese pensamiento, pues conservo hace tiempo un rosario de mi suegra que era cristiana, y cuando me casé lo encontré entre sus cosas, y sin saber su objeto lo he tenido guardado creyendo sería una cosa buena, y ahora veo que es con lo que rezan los cristianos; así que aunque después de bautizada prosiga el diablo molestándonos, no temas, Padre, que me vuelva atrás.

Es esta mujer de mucho talento y de temple; y al ver en ella tanta fe (la cual debía tener ya muy arraigada para sufrir lo que después sufrió), considerando que tal vez el Rosario de la Santísima Virgen le daba aquellos ánimos, y temiendo dejarla desconsolada por más tiempo, le prometí el bautizarlos, y les señalé el día de San Pedro Mártir, para que dicho Santo les sirviese de protector en la fe, en cuyo día se bautizó ella, una hija, un hijo y la esposa de éste; y al hijo le puse por nombre Pedro Mártir.

Una vez bautizados, parece que el diablo avergonzado se retiró perdidas sus esperanzas; ó tal vez Dios Nuestro Señor no le permitió que los molestase por una temporada. Por el mes de Junio ó Julio llegó á Fogán el señor Vicario apostólico, que venía á la visita, y entonces los confirmó á todos, menos al padre, que, como llevo dicho, todavía retardaba la conversión.

Estábamos aquel mismo día que se confirmaron en la iglesia de la villa de Fogán el señor Obispo, otros tres Padres y yo; cuando de repente se presenta un cristiano con la saya de la hija de dicha mujer hecha girones, según decía, por el diablo, y una cuerda con la que el diablo la quería ahogar. Nos quedamos admirados al ver aquello, máxime después de haber visto á dichos neófitos aquel día tan contentos y alegres por haberse confirmado.

Desde entonces el diablo maligno arremetió con tanta furia sobre aquellos infelices neófitos, que no sé cómo tuvieron paciencia para sufrir tanta vejación, pues ni de día ni de noche les dejaba en paz.

Y ¡cosa admirable! sólo temió y respetó el agua bendita; quiero decir, respetarla no la respetó, porque varias veces arrojó á tierra el frasco del agua bendita, mas no pudo romperle ni derramarla.

Al ver furor tan pertinaz, yo me figuré si sería porque el marido no se había convertido todavía, y así se lo indiqué; pero él con una excusa y otra se veía que le costaba el convertirse, hasta que Dios Nuestro Señor, compadecido de él, le envió una enfermedad bastante grave; aquí el infeliz no tuvo más remedio que darse por vencido.

Al ver que la enfermedad se agravaba, me pidió que le confesara; se le preparó bien, lo confesé dos ó tres veces antes de darle el Viático, y poco después de recibir éste, fué mejorando de la enfermedad y se puso bueno. Desde entonces ya siguió confesándose y practicando todo los actos del cristiano.

Habría pasado poco más de un año después de esto, cuando volvió á caer enfermo de mucha más gravedad, pues le vinieron vómitos de sangre; le volví á adminis-

trar varias veces, y muy humilde, compungido y devoto se murió.

Aquí empiezan ahora los grandes trabajos para su pobre mujer.

Es costumbre por aquí que cuando muere uno, los demás parientes le ayuden en los gastos de funerales y entierro, pues en esto gastan mucho los chinos; mas como los parientes de dicha mujer eran gentiles, no solamente no la quisieron ayudar, sino que la maldecían é increpaban echándola en cara que todas esas calamidades la venían por haberse hecho cristiana, y que así como se había muerto su marido, así se le morirían los hijos; y lo mismo le decía una hija gentil que había casado con gentiles antes de todos estos sucesos; y su yerno, á quien pertenecían los gastos del féretro, no quiso darles nada. Fué tanto lo que en esto padeció dicha mujer, según después me contaba ella, que todas las vejaciones del diablo no valían nada en comparación de los reproches y el desvío de los parientes.

Pues por una parte el diablo, por otra la pena de la muerte de su marido, y sin apoyo para ganarse la comida; por otra las acusaciones de sus parientes, sin una gracia muy especial de Dios parecía imposible que no sucumbiese; sin embargo, gracias á Dios no sucumbió, y permaneció fuerte como una roca en medio de tantas olas, y siguió y sigue hasta el presente muy buena cristiana.

Aquí tiene V. R. un caso bien extraordinario, digno de que por él Dios Nuestro Señor sea alabado y bendecido por los siglos de los siglos, pues ese es el fin que me propuse al escribirlo.

En la parte de Siang-fu el P. Masip, después de tanto padecer y pelear, por fin ha podido arrendar una casa dentro de la ciudad con licencia del mandarín.

Por Lo-ngun se nota mucho movimiento hacia la Religión.

En Muc-yiong por fin se ha podido comprar medio ocultamente una casa y un poco de terreno, que junto con otra propiedad nuestra ya muy de antiguo, tal vez se pueda más adelante edificar una iglesia si los gentiles no se oponen.

Lo demás de la Misión sigue su curso ordinario y gozamos de bastante paz (la que se puede esperar de estos gentiles); sin embargo, no se olvide de rogar y hacer que rueguen por ellos, para que Dios Nuestro Señor les mueva y ablande su empedernido corazón y se vuelvan á Dios.

TUNG-KING ORIENTAL

Tropelías de los latro-guerreros.—Movimiento de conversiones.—Persecución solapada por parte de los mandarines

El P. Bonifacio García, O. P., escribe con fecha 8 de Octubre de 1893:

EFECTO de que la piratería estaba aquí boyante y no dejaba en paz á los pueblos que no se les sometían, la predicación del Evangelio se hacía difícil, si no imposible.

En vano habíamos clamado los misioneros al ver que cada día era mayor la audacia de los latro-guerreros;

no hacían caso, hasta nos llamaban pesimistas, pues querían hacer ver que el Tung-king estaba en paz, y que sólo había algunos cuantos ladroncillos que mero-deaban de aquí para allá y que no merecían se les prestase atención alguna. Con este poco caso que las Autoridades hacían de los dichos latro-guerreros, éstos se envalentonaron y llegaron hasta las puertas de Hung-Yeu, capital de la provincia del mismo nombre.

El señor vicario apostólico del Occidental, Sr. Puignier, escribió cartas á algunos amigos diputados en Francia, en las que exponía con la sinceridad y patriotismo característicos en dicho señor, el triste estado en que se hallaba el Tung-king y que urgía poner prontos y eficaces remedios. Estos documentos vinieron á parar á manos de algunos periodistas de Francia, que se apresuraron á publicarlos, lo cual causó una grande excitación en Francia, en donde creían que el Tung-king estaba pacificado. En vano el presidente superior interino del Tung-king, que se hallaba por entonces en Francia y bajo cuyo gobierno la piratería había tomado gran incremento, quiso desvirtuar el alcance de dichos documentos, escribiendo en los periódicos contra el gran obispo del Tung-king Sr. Puignier, de imperecedera memoria. Las personas sensatas comprendieron que todo cuanto se decía en los documentos de dicho Sr. Puignier era exacto; hubo interpelaciones en la Cámara de Diputados, y el Gobierno prometió poner manos en el asunto y nombró á Mr. de Lauessan, el cual era diputado radical, como gobernador general de la Indochina con poderes más extraordinarios que hasta entonces habían tenido los demás gobernadores sus predecesores. Antes de llegar dicho señor al Tung-king, el presidente superior Mr. Biere, que acababa de volver de Francia, á donde había ido á reponerse, organizó una gran columna expedicionaria, al frente de la cual puso al virrey del Tung-king con varios grandes mandarines y un representante francés con el título de comisario del Protectorado, quien tenía bajo sus órdenes varios inspectores y guardias principales europeos. Vinieron á mi residencia, en donde establecieron el cuartel general, y después de varios encuentros con los piratas y de haber cortado muchas cabezas de los principales jefes de la piratería, dejaron esta región pacificada hasta el punto que al presente se puede ir de día y de noche por todas partes sin ningún temor. No bien se puso esto en paz, empecé á predicar la Religión en todas direcciones, y era de ver cómo los pueblos acudían ansiosos á abrazar nuestra Sacrosanta Religión. Como durante la estancia del virrey y del comisario del Gobierno en ésta, me dieron públicas pruebas de estima y amistad, era considerado por todas partes á donde iba, y recibían bien á los catequistas que enviaba; así que en Junio de 1892 tenía establecidas escuelas de Catecismo en nueve pueblos, y en otros dos estudiaban el rezo las familias de varios apóstatas que abandonaron la Religión desde el tiempo de Mimh-Manh. Pasaban de quinientos los catecúmenos, sin contar las familias de los dichos apóstatas, que no bajarán de setenta individuos. Cuando la semana de Pascua de Resurrección hice la visita á diversos pueblos, fué grande el entusiasmo con que me recibieron por doquiera que iba.

Por aquel tiempo también hube de enviar catequistas

al partido de Ba-tieng, límite con este del Sur, y pueblos enteros pedían convertirse: en fin, P. N., casi en todos los partidos del vicariato había conversiones de infieles. Pero el demonio, padre de la mentira y enemigo de las almas redimidas con la preciosísima sangre del Cordero, no había de dejar de hacer de las suyas y defender con tesón lo que poseía; así que, ya valiéndose de algunos ricos de la comarca, ya de alguno que otro mandarín poco afecto á la Religión, ya, en fin, de una persona de quien menos se podía esperar que contribuyera á los infernales designios de Satanás (aunque no fuera más que por gratitud á los beneficios que había recibido de misioneros y cristianos anamitas), hizo lo posible para apagar el movimiento hacia la Religión. Increíble parece que se cebara con tanta saña contra la Religión católica y sus ministros. Llegó hasta mandar publicar papeles injuriosos contra nosotros, y á dar á entender á los pueblos gentiles que no debían abandonar las tradiciones de sus mayores.

Muchos de los pueblos que estaban aprendiendo la doctrina se desanimaron, y no faltaron satélites de Satanás que propalaban la noticia de que la Religión estaba prohibida. En parte no se equivocaban; pues si bien no era una prohibición general ni oficial; pero sí una persecución solapada y oficiosa. Para que vea Vuestra Reverencia los daños que hizo y está aun haciendo ese modo de proceder, referiré lo que sucedió en un pueblo que estaba ya para ser bautizado en el momento en que estalló esta persecución. Dicho pueblo se llamaba Nhau-Vinh, y contaba unos doscientos habitantes. Por el mes de Agosto vinieron á pedirme abrazar nuestra Sacrosanta Religión, después de haber oído los principales misterios de ella así como las obligaciones que impone á los que la abrazan. En seguida envié catequistas á dicho pueblo; destruyeron la multitud de ídolos que había en la gran pagoda; se establecieron escuelas de Catecismo, y se prepararon para construir la iglesia con los materiales de la pagoda. Cuando un pueblo entero pide abrazar la Religión, hay que hacer lo dicho, y si es una parte, entonces basta que se abstengan de hacer y contribuir á los sacrificios y demás ceremonias supersticiosas que hace la parte infiel en la pagoda ó en sus casas, y entregan al misionero, para que los destruya, cuantos objetos supersticiosos les pertenecen. Al tratar de hacer la iglesia, tres de los principales del pueblo, instigados sin duda por el demonio, se opusieron á ello y amenazaron á los demás que estaban aprendiendo el Catecismo. Como, según los tratados vigentes, todo anamita puede abrazar la Religión cristiana sin que nadie pueda poner obstáculos á ello, los dichos sujetos caían bajo el imperio de la ley; así que después de haberles exhortado á que desistieran de sus propósitos, viendo que no hacían caso, me dirigí á las Autoridades, quienes me dieron buenas palabras; pero, como no se veía ningún resultado práctico, muchos se desanimaron y no se atrevían á acudir al Catecismo. No se puede figurar V. R. lo mucho que trabaja el diablo para impedir la conversión de las almas.

Cuando un pueblo pide convertirse á nuestra Sacrosanta Religión, los notables les cargan de gabelas, les oprimen, les persiguen y calumnian, y no cejan hasta

que, ó abandonan el Catecismo, ó se tienen que salir del pueblo.

Si en la provincia hay algún Residente que oye al misionero en sus justas reclamaciones, los mandarines y demás jefes subalternos no tienen más remedio que conformarse á la ley y á los deseos de la primera Autoridad de la provincia, y entonces todo sale bien y se aumenta el movimiento religioso; pues los pueblos ven que convirtiéndose á la Religión encontrarán la paz del alma, y por otra parte no serán vejados injustamente. Al ver yo que los catecúmenos se desanimaban cada día más y que los mandarines se contentaban con dar buenas palabras, se dijo á los catecúmenos que nadie les obligaba á seguir ó dejar la Religión; que si realmente estaban decididos á seguirla, no temieran las amenazas de aquellos infelices seductores, pues no se atrevían á realizarlas. Unos por temor, otros por amistad y otros por parentesco, acordándose de los ajos y cebollas de Egipto, esto es, de las vanas observancias de su falsa religión, dejaron de contarse en el número de los catecúmenos; pero en cambio quedaron ochenta y ocho personas decididas á continuar lo que habían comenzado, y sin ningún temor acudieron al rezo con más fervor y alegría que nunca. Uno de los tres individuos que ponían obstáculos, volvió á presentármese con señales de arrepentimiento, instándome para que le admitiese en el número de los catecúmenos.

Estábamos en Abril de 1892, y aprovechando las vacaciones de la semana de Pascua hice una visita á las nuevas cristiandades que estaban estudiando el Catecismo con un fervor que era para alabar á Dios. Los catecúmenos de Nhau-vinh sobresalían en entusiasmo y cariño. Aunque no habían aún recibido el bautismo, asistieron á la Misa con una compostura y devoción extraordinaria.

Me pedían con ansia el bautismo; pero yo les dije que se prepararan bien, y por Julio ó Agosto volvería para bautizarlos y haríamos solemnes fiestas. Quedaron alegres y contentos esperando que llegara el día apetecido para ser regenerados con las aguas del bautismo. De cuando en cuando venían á esta mi residencia-colegio. Asistían con gran consuelo de su corazón á las funciones religiosas que se celebraban aquí, y volvían á su pueblo entusiasmados.

Por aquellos días sobrevino una terrible inundación cual hacía años no se había visto en todo el Tung-king, y los pueblos quedaron completamente inundados. Hasta para ir á la iglesia había que ir en barco, y eso que era un terreno bastante elevado y que no cubrían las inundaciones ordinarias. Con dicha inundación no fué posible á los catequistas permanecer en los pueblos donde había catecúmenos, y tuvieron que volverse. Entre tanto el demonio no descansaba, y daba por medio de sus satélites fuertes acometidas á los neófitos; así que cuando el agua bajó algún tanto y fui á visitarlos, muchos pueblos estaban desanimados. ¡Tantas cosas habían visto y oído en aquel tiempo! Resultado: que esos catecúmenos tan fervorosos que habían resistido á las amenazas de aquellos principales de que hablé arriba, y que tan bien me recibieron cuando fui á visitarlos, deseando con verdaderas ansias ser regenerados con

las saludables aguas del bautismo, respondieron á los catequistas:

— El residente de Francia en la provincia de Hung-teu ha prohibido la Religión; así que dejamos de aprender el rezo.

En vano se les dijo que no había tal prohibición, que temieran los castigos de Dios por no corresponder á sus gracias, etc., nada hizo mella en sus corazones. ¡Pobres infelices!... Se habían visto perseguidos de los principales de su pueblo, escarnecidos de los adoradores de Belial, y tenían aún confianza... Después de lo que se les dijo, lo que vieron y oyeron en contra de la Religión católica que les predicamos, ¿qué extraño es que unos pobres catecúmenos se desanimen?...

Limítrofe á ese pueblo tenía otro que hacía poco estudiaba el rezo, y también se desanimó. Pasaban de ciento las personas que habían pedido convertirse en el dicho pueblo. Otros dos de cincuenta cada uno se desanimaron igualmente y el movimiento religioso se paralizó. Aun fué más terrible en el vicariato central; desde entonces hasta el presente he bautizado unos trescientos infieles, y otros seiscientos en el partido de Bading; pero éstos pertenecen á otra provincia (la de Hai-Duong) en donde aquellas dignas Autoridades francesas, unas han favorecido, y otras no han puesto ningún obstáculo á la propagación del Evangelio.

FERNANDO POO

Dos niños que nacen á la gracia.—Una niña que se dispone á entrar en la gloria.—Una curación maravillosa

El Rdo. P. prefecto Armengol Coll, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, escribe desde Santa Isabel:

TENEMOS un excelente catecúmeno que fué desde su más tierna edad educado en el Protestantismo por el pastor metodista de San Carlos, en esta misma isla, el cual, no aviniéndose al trato inhumano que recibía de su *preceptor*, resolvió fugarse de la casa y solicitar un asilo seguro en el Colegio que tenemos en dicha bahía, donde permaneció una temporadita, hasta que un día fué por él su propia madre, acompañada del susodicho pastor, precisamente en la aciaga época en que, como V. recordará, el señor B., adversario de estas Misiones, nos obligaba á entregar los alumnos á sus



ISLAS MARQUESAS.— La reina Vaikehu, madre adoptiva del Ilmo. Dordillón, llamada la madre de los misioneros

(Pág. 128)

respectivos padres, aunque ellos quisieran permanecer en el Colegio. Fué, pues, necesario dejarlo partir; pero desde entonces el muchacho siempre nos manifestó afecto, y cuando nos encontraba venía con respetuoso cariño á besarnos la mano sin recatarse del protestante. Así fué siguiendo dos años en Santa Isabel, á donde lo habían trasladado, sin duda para que no repitiera la fuga. Pero no lo consiguieron, porque hace unos diez meses se presentó una mañana en Banapá, diciendo que deseaba formar parte de aquel Colegio. No han dejado los protestantes de intentar engañarle de nuevo, enviándole ocultamente cartas y avisos, pero el buen muchacho ha entregado al Padre Superior las cartas, protestando que no ha de salir del Colegio católico

hasta ser instruído en nuestra Santa Religión. El día de la Purísima nos proponemos administrarle el santo Bautismo, y esperamos que con él se le infundirá fortaleza y gracia para perseverar. La adquisición será tanto más ventajosa cuanto que al muchacho referido lo tenían destinado en su día para pastor protestante, por su talento.

Ingresó hace pocos días en Santa Isabel otro muchacho que recogió el pastor negro protestante en Victoria (Camerones), y lo tenía en su casa. Venía á nuestro Colegio en calidad de externo, y una tarde, después de la clase, nos dijo que deseaba permanecer con nosotros y abrazar nuestra Religión. Vino el mismo pastor á reclamarlo con dos mujeres que él decía eran primas del niño; pero éste, asiéndose de mi sotana, dice en tono suplicante:

— *Padre, yo no marcha, yo quiere seguir aquí.*

Instóle varias veces el pastor á que se fuera con él, pero el muchacho siempre contestaba con negativas.

— A lo menos, repuso el pastor, ¿no quieres ir con tus primas?

— *A no want*, le contestó en inglés de esta tierra: *No quiero.*

Por fin, tercié en el asunto, demostrando á los personajes aludidos que debían respetar los ardientes deseos del niño, dejándole permanecer en paz con nosotros, que solícitos cuidáramos de su instrucción, cultivando las excelentes disposiciones que mostraba de abrazar la Religión católica. Aquietáronse los interlocutores, y el niño se quedó muy contento y alegre en

el Colegio, donde continúa, preparándose para el Bautismo.

Réstame hablarle de una candorosa niña de once años, educanda del Colegio de Religiosas de la Inmaculada Concepción, de esta ciudad. La pobrecilla fué atacada de la tisis pulmonar, en un grado tal, que pronto se desconfió de todo remedio humano. Prodigaronle las buenas Religiosas todos los cuidados posibles, pero éstos no impidieron que la enfermedad avanzara con rapidez. Era de admirar la resignación con que soportaba su dolencia la tierna paciente sin exhalar la menor queja; y persuadida de que se acercaba el fin de sus cortos pero bien aprovechados días, pidió con instancias que se dignaran fortalecer su espíritu con los Santos Sacramentos, en lo cual fué complacida. Una noche, en el delirio, comenzó á despedirse de sus compañeras de colegio con estas tiernas palabras: «Adiós, niñas; me voy al cielo. Adiós, adiós, que voy á entrar en la gloria.» Al día siguiente se le administraron todos los Sacramentos, incluso el de la Santa Unción, y quedándose como dormida, espiró dulcemente. Sabía leer muy bien el manuscrito, coser, hacer ganchillo y otras labores propias de su sexo, y principalmente estaba muy bien fundada en las máximas de Religión cristiana, que labraron su felicidad eterna.

En el caso que voy á referir, ocurrido en esta ciudad de Santa Isabel, se ve palpable la protección de la Virgen santísima.

Don Francisco Romera, señor muy conocido en esta isla por la espaciosa y bien cultivada finca que posee, entre otros trabajadores que alquiló para garantir ó asegurar mejor la defensa de su persona é intereses en la mencionada propiedad, fueron doce senegaleses, hombres educados por los franceses en el arte de la guerra y dignos de confianza. Uno de éstos se cortó el dedo pulgar de una mano, por lo cual fué llevado al hospital de esta ciudad. Como hablaba perfectamente el francés, en una visita que hice á los enfermos le pregunté sobre su estado de salud y cómo había sucedido el percance de la amputación. Debo advertir á V. que en las diferentes visitas que había hecho á D. Francisco Romera me había dicho que eran todos los doce senegaleses mahometanos, y uno de los encargos ó instrucciones que el Gobernador francés de Dakar le había dado era que no les hablase de Religión si no quería estar mal con ellos. Sin embargo, de la salud del cuerpo pasé á hablarle de la del alma, y aunque apenas podía hablar ni moverse, respondió que él, siendo pequeño, había sido bautizado por el P. Cauder.

—¿Cómo, pues, le dije, has continuado viviendo como mahometano?

—Padre, me contestó, siendo de poca edad los franceses nos declararon la guerra, hiciéronme prisionero á mí y á mi familia, y luego me obligaron á tomar las armas, sin que me haya cuidado ya más de Religión.

Quise instruirle, pero se hallaba tan postrado que su cabeza no estaba para nada. Me enteré del señor médico sobre su salud, y me dijo que no había esperanza alguna, que tenía el *tétano*, enfermedad de que mueren muchos negros. Les afecta al sistema nervioso,

cáusales vivos dolores en el espinazo, les priva de todo movimiento y mueren lentamente.

En tal estado, al día siguiente, al ir á pasar la visita al hospital, me llevé una medalla de las llamadas milagrosas. Propuse al referido enfermo si la aceptaría, y contestó que de muy buena gana, y que rogaría al Señor le devolviese la salud. Fui á verle al día siguiente, y creyendo hallarle moribundo, le encontré algo mejor. Esta mejoría fué pronunciándose rápidamente, en tales términos, que poco después tuve el placer de verle sentado en la cama y tomando alimento, cosa que le era enteramente imposible antes de imponerle la referida medalla, y á los pocos días pudo dedicarse, como antes, á los más rudos trabajos.

No pude menos de reconocer la protección especial de la Divina Madre en aquel caso, al propio tiempo que el enfermo no cesaba de atribuir su salud á Dios más que á las medicinas, pues ya no tenían para él valor alguno. Confío en el Señor y en la protección del Corazón de María que tendré ocasión de darle algunas conferencias religiosas para disponerle á las prácticas de buen cristiano.

MÉJICO

Guadalajara, la Perla del Occidente, y sus alrededores. —Entusiasmo por la Obra de la Propagación de la Fe

El Ilmo. Terrien nos escribe la siguiente carta en la que nos da consoladoras noticias de la simpatía con que fué recibido en la segunda ciudad de Méjico:

GUADALAJARA, capital del Estado de Jalisco, dista ciento cincuenta leguas de la ciudad de Méjico, y está á mil quinientos cincuenta y dos metros sobre el nivel del mar. Puede ser ya considerada como la segunda ciudad de la república por su población, comercio, posición topográfica y riquezas de todo género: rivaliza por lo menos con Puebla de los Angeles, la ciudad Angélica.

La ciudad de Guadalajara se extiende en medio de un inmenso valle, hoy despojado de toda vegetación. Con todo, si ya no la rodean bosques de árboles colosales, cuenta con soberbios paseos públicos y buen número de plazas que son ora verdaderos jardines, ora elegantes bosquecillos. Vista á la distancia de tres leguas, Guadalajara presenta un bonito panorama con las elevadas cúpulas de sus iglesias, asegurando algunos viajeros que recuerda las grandes ciudades orientales.

El clima es muy sano, y la temperatura casi siempre templada, siendo algo calurosa en los meses de Abril y Mayo. El invierno es muy benigno, y las plantas nunca pierden completamente sus hojas y flores. Las lluvias empiezan ordinariamente los primeros días de Junio y concluyen en Octubre.

Su población se calcula es de cien mil habitantes, cifra que no creo exagerada, pues los domingos y días festivos las veintisiete ó veintiocho iglesias de la ciudad se llenan cuatro y cinco veces en las horas de las Misas, y la mayor parte de estas iglesias pueden contener mil ó más personas.

Los habitantes son en general religiosos, alegres y

francos. El culto en las iglesias se sostiene con esplendor y sólo por la caridad de los fieles, que concurren con asiduidad á las novenas y á todas las ceremonias.

Entre los edificios públicos que adornan la segunda capital de la república los principales son: el palacio del Gobierno, el palacio federal, la penitenciaría, la biblioteca, el palacio episcopal, etc.

No pudiendo extenderme mucho sobre este capítulo, sólo diré algo de la Catedral, que es la iglesia más grande y rica, en el centro de la ciudad. Comenzó el 31 de Julio de 1571 por orden del Ilmo. Pedro Ayala, segundo obispo de la diócesis, y fué consagrada el 19 de Febrero de 1618. Tiene la forma de un paralelógramo, midiendo setenta y ocho metros de largo por treinta y tres de ancho. Su aspecto exterior es magnífico, pero aun le supera la ornamentación interior. En el centro de la fachada un relieve de piedra representa el misterio de la Asunción de la Santísima Virgen, en honor de la cual fué construída la iglesia. En los extremos Norte y Sur se levantan dos fuertes torres de setenta metros de altura, cada una de las cuales remata en una cruz de cuatro metros de alto.

El interior está dividido en tres naves, dos laterales y una principal, formadas por veinte soberbias y majestuosas columnas de orden dórico. El altar mayor, de magnífico mármol blanco, antes de las revoluciones era todo de plata. En los ángulos cuatro grandes estatuas de mármol de Carrara representan á los Evangelistas. A cada lado hay diferentes altares en los que pueden admirarse esculturas hechas siglos ha por los mejores artistas de la época. Los ornamentos sacerdotales son suntuosos y de gran valor.

Entre los establecimientos de beneficencia merece citarse el Hospital de Belén y el Hospicio (*V. el grabado de la pág. 137*), debidos á la generosidad de dos célebres Obispos. La caridad bajo mil formas industriales caracteriza el Catolicismo; mas aquí esta virtud brilla con todo su esplendor. Existen aún en Guadalajara multitud de Asociaciones piadosas, que tienen todas el mismo objeto: la caridad. Ciertas familias ricas sostienen por sí solas sus conferencias.

Así es que con fundada confianza mi compañero y yo llegamos á esta ciudad, la Perla del Occidente, que tanto nos habían ensalzado, persuadidos de que en ella se acogería con entusiasmo nuestra Obra, y gracias á Dios no salieron fallidas nuestras esperanzas.

El Ilmo. Loza, nos recibió con paternal benevolencia, y no contento con autorizarnos para llevar á cabo nuestra misión, se dignó favorecerla con una carta pastoral.

Mucho debemos también al Ilmo. Sr. Díaz, primer obispo de Tepic, y al M. Rdo. P. Teófilo Sancho, franciscano, que recomendaron nuestra obra á sus numerosos amigos, y desde el púlpito se dignaron llamar la atención del pueblo sobre la importancia de la obra que nos está encomendada.

Por nuestra parte, desde el primer domingo, y cada día hasta el de nuestra marcha, seguimos nuestro método: instrucciones en las iglesias y capillas, inscripciones de asociados para las decenas, y visitas á las familias más acomodadas, á fin de obtener socorros ex-

traordinarios. No podemos menos de felicitarnos de la simpatía de que nos han dado muestras, no sólo las familias de la alta clase, tales como los Corcuera, Palomar, Castañedo, Moreno, Torres, Martínez, Negrete, del Valle, etc., sino también familias más humildes que, bajo el velo de la modestia, nos han dado ofrendas relativamente considerables.

Durante nuestra prolongada permanencia en Guadalajara nos dispensó la más cordial hospitalidad la familia Ocampo, que con admirable tacto nos distraía de los cuidados, preocupaciones y también decepciones ¡ay! harto comunes en nuestro género de vida.

Finalmente, para consolidar nuestros trabajos tal como lo requiere el objeto de nuestra Obra, hemos formado una Junta compuesta de seis señoras de las familias principales, y ya conocidas por su celo y caridad. Es su director el canónigo Ilte. José Homobono, nombrado por el ilustrísimo Prelado, y su vicedirector el Rdo. Luís G. Romo, joven sacerdote inteligente, lleno de ardor y de buena voluntad. El venerable Arzobispo dignóse inaugurar por sí mismo la Junta, y en una breve alocución presentó la Propagación de la Fe, comenzada por Jesucristo, continuada por sus Apóstoles, y hoy por los millares de misioneros y Religiosos que todo lo abandonan para ir á la conquista de las almas: mostró también esta Obra como formando parte esencial de la Iglesia; como ella, no reconoce patria ni límites, y es únicamente católica. Antes de darnos la bendición, S. Ilma. hizo sinceros votos para que nuestra Obra viva siempre en su querida diócesis.

Terminada felizmente mi comisión, salí en ferrocarril y me detuve á cuatro leguas de Guadalajara en una hacienda llamada el Salto de Juanacatlán, á causa de una cascada producida por el río Lerma. Esta hacienda pertenece á la familia Bermejillo, de Méjico, bienhechora de la Obra, y una de las más distinguidas de la capital. Desde mucho tiempo me habían invitado á visitar el Salto, que es en pequeño una imitación de la cascada del Niágara. En este punto el río mide ciento setenta metros de ancho, y el agua cae desde una altura de dieciocho metros, de suerte que la cascada ofrece un aspecto grandioso y digno de verse, sobre todo cuando le hieren los rayos del sol levante ó poniente, pues entonces puede admirarse un arco iris al rededor de la catarata. (*V. el grabado de la pág. 140*).

El día siguiente fuí á una hacienda vecina llamada Atequiza, perteneciente á D. Manuel Cuesta, jefe de una familia también amiga y bienhechora. A siete leguas de distancia hay el famoso lago de Chapala, de ochenta y cinco kilómetros de largo por treinta y tres de ancho.

OCEANÍA

En las islas Marquesas.— Primeras impresiones de un joven misionero

El Rdo. P. Bérchmans, de la Congregación de los Sagrados Corazones (Picpus), escribe la siguiente carta desde aquella lejana Misión, que comprende parte de las islas francesas del Pacífico Central, y que está encomendada, como el grupo de Taiti, al celo de los misioneros de los Sagrados Corazones.

ENTRÉ al anochecer en la bahía de Taiohae, y descansé en el suelo de las Marquesas sin poder hacerme cargo del aspecto del país. La primera noche fué muy tranquila, y, lo que nunca me había sucedido en Diciembre, dejé abiertas puertas y ventanas. Por lo demás, los vidrios son aquí un lujo muy raro, pues basta una sencilla persiana.

raíso terrenal; no hay más que subir al árbol y regalar-se con sus frutos. Aunque algunos años no llueva, no por eso se experimenta el hambre: á cada paso se encuentran plantas y frutas á la vez silvestres y comestibles y aun de esquisito sabor.

En el momento de salir de casa acierta á pasar la Reina, la que me hace una inclinación profunda, diciéndome:

— *Kaoka te miti-nane hon*, lo que quiere decir: «Buen día, nuevo misionero.»

Vaikehu es la madre adoptiva del difunto Ilmo. Dordillón: cristiana verdaderamente ejemplar, merece por su trato caritativo el nombre de madre de los misioneros.

El archipiélago de las Marquesas se divide en dos grupos.

El del Noroeste cuenta tres islas inhabitadas: Eliao, Matuiti y Hatutu. Otras tres tienen población: Uapa, Uauka y Nukahiva, la más importante, cuya capital es Taiohae.

El grupo del Sudoeste comprende dos islas desiertas, Motana y Fatukuku. Las tres habitadas son Tanata, Hivaoa y Fatuhiva.

En 1863 contaban las Marquesas unos doce mil habitantes, pero hoy han disminuído considerablemente. Los nacimientos son raros, rarísimos, y dentro de medio siglo no se hallará un solo canaco en las Marquesas.

No obstante, los isleños son los más vigorosos y mejor formados de la Oceanía, y su arrogante continente recuerda las esta-

tuas de Miguel Angel. Su tez es muy cobriza, y su cabellera de un negro de ébano; en cuanto al picado, bastaría por sí solo para poner en precipitada fuga al extranjero que por primera vez encontrase un canaco... en el interior de un bosque. (*V. pág. 121*).

Para comprender lo que eran treinta años atrás los marquesinos y lo que son ahora en muchos puntos, se-



CONSTANTINOPLE.— Vista exterior de la antigua Basílica de Santa Sofía. (*Pág. 120*)

Llega por fin el día, y quedo extático. ¡Qué árboles, qué vegetación! ¡Qué perfumes variados de toda suerte de plantas y frutos! Oigo el canto del ruiseñor, y también, lo que no deja de sorprenderme, el canto del gallo. Ciertamente estoy junto á un jardín; pero aquí tanto en el monte como en el valle, por todas partes se advierte el mismo esplendor, todo nace como en el pa-

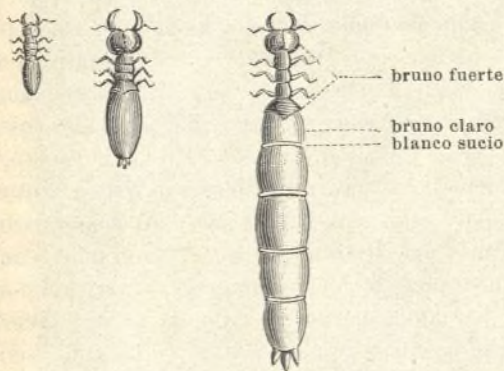
ría preciso haber conocido la religión, las supersticiones, el carácter, la depravación de costumbres, los usos y hábitos de estos isleños. Me limitaré á consignar que los obstáculos para el bien eran numerosísimos y



AFRICA ORIENTAL.—Una flor de orquídea epífita
(Pág. 134)

G. Cymbidium (fondo amarillo con manchas rojas púrpura)

poco menos que invencibles. Estas infelices gentes, completamente cegadas por el demonio, y envilecidas por las pasiones, sólo conocían el mal, y esto hasta el punto de que entre ellos ni siquiera había una expresión para designar la virtud. Hoy, gracias á los inauditos esfuerzos de los misioneros, en todas partes contrariados por los manejos de los protestantes, las islas Nukahiva y Uapa son cristianas. En las otras islas la



AFRICA ORIENTAL.—La hormiga siafu. (Pág. 134)

El macho, la amazona, la reina madre (tamaño natural)

mayoría de los habitantes está igualmente sometida á la ley de Cristo, y en todas partes se ora. Pero ¡cuántos peligros ha habido que arrostrar para llegar á este resultado! Entre los misioneros, salvo los llegados recientemente, no hay uno que no se haya visto repetidas veces en riesgo de perder la vida, especialmente á causa de la ferocidad de los salvajes antropófagos.

A pesar de todas las fatigas de los misioneros, este infeliz pueblo comienza ya á deslizar por la triste pendiente por la que se han precipitado tantos otros. Mientras se encontraba solo con el sacerdote, esta nación, naturalmente sencilla y hospitalaria, se de-

jaba guiar como un niño: la fe, la civilización y aun el comercio hacían inmensos progresos; mas ¡ay! aquellos que hubieran debido animarle á seguir la vía del bien, han venido á destruir paulatinamente la influencia del sacerdote, su padre y bienhechor.

De todos los extranjeros establecidos aquí, apenas hay uno solo que practique la Religión. ¿Cómo con tales ejemplos, un pueblo todavía niño desde el punto de vista del Cristianismo, no ha de escandalizarse y sentir debilitarse su fe?

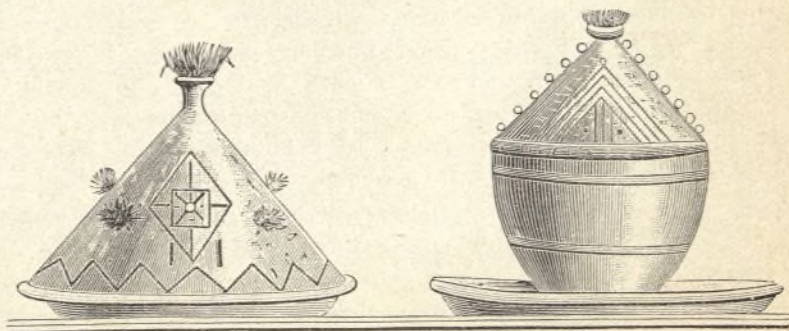
Habiendo recibido orden de partir para la isla de Hivaoa, denominada la Dominica, fuí á regentar la pequeña cristiandad de Puamau, donde el H. Acar ejerce



AFRICA ORIENTAL.—Lissochilus amarillo
(orquídea de tierra). (Pág. 134)

hace mucho tiempo las funciones de maestro de escuela, contando con ciento ochenta alumnos.

Sin ser el punto más fértil de la Dominica, Puamau cuenta, sin embargo, con la bahía mejor y más capaz: la Dominica ó Hivaoa es la isla más poblada del grupo. Mas, no por habitar excelente país son por eso mis neófitos menos salvajes. Indiferentes, por lo general, en materia de Religión, no miran con gran simpatía al misionero. Sin la numerosa escuela apenas tendría qué hacer. Amo ya á mis niños, y nada omitiré para atraerlos á Jesucristo.



AFRICA ORIENTAL.—Gassí.—Servicio de Mbaruku. (Pág. 133)

¡Ojalá pueda conquistar siquiera una familia! Mas aquí no hay familias: adóptanse los niños ajenos, y así la autoridad paterna para nada interviene en su formación. ¡Cuántas dificultades para nosotros, especialmente teniendo que competir con una escuela protestante en la que la disciplina no incomoda y es el cebo que atrae al canaco al error! dejan en completa libertad á los salvajitos, lo que les seduce sobremanera.

Nosotros no podemos adoptar semejante sistema; mas de concierto con el H. Acar, todos mis desvelos se dirigen á ganar el corazón de los alumnos.

La vida del misionero no es muy amena que digamos en Oceanía. Habita en medio de gentes que no le conocen, y que á causa de las comodidades de que gozan y de la ausencia de trabajo, contraen vicios muy difíciles de desarraigar. A la sombra de los cocoteros y bananos, de los árboles de pan y los naranjos permanece solo como verdadero extranjero, no teniendo la mayor parte del tiempo por interlocutores más que las olas del mar que besan su silenciosa morada.

Pero, si su voz no halla eco en la tierra, puede conversar con el cielo. Lloro por sus hijos, y después de haberse confortado ante el tabernáculo, en su pequeña iglesia solitaria, busca de nuevo la oveja extraviada, visita á los enfermos, y mézclase á menudo con la más querida porción de su rebaño, los infelices leprosos. De ellos hay aquí cuarenta. ¡Ah! si conociesen el don de Dios, ¡cómo se aficionarían al misionero, y pudiera éste abrirles las puertas del cielo!

CAROLINAS ORIENTALES

Destrucción de la iglesia y de la Casa-Misión de Guror.—Erección de la nueva residencia.—Disolución de costumbres debida á la embriaguez.—Feliz enmienda.—Nueva Misión en Palaos.—Supersticiones.

El Rdo. P. superior Fr. Daniel M.^a de Arbázegui, capuchino, escribe desde Yap el 4 de Noviembre de 1893:

La experiencia nos enseña que no siempre se logra lo que se espera. Esta es una verdad que nadie puede negar. En efecto, nosotros el año 1892 teníamos las más grandes esperanzas de nuestra pequeña y naciente Misión de San Francisco de Guror. Eran verdaderamente grandes las espirituales consolaciones que esta nuestra Misión nos prometía. Pero aquí con el más grande dolor tenemos que confesar nuestra ilusión, pues quedaron del todo frustradas.

En San Francisco de Guror ya habíamos puesto nuestra residencia. Aquí teníamos también la iglesia, que era muy frecuentada por aquel pueblo. La devoción á Jesús y á la Virgen Santísima iba creciendo siempre más y más. En una palabra, todo marchaba muy bien. Mas he aquí que en lo mejor de nuestra obra, cuando creíamos dar un paso adelante en la viña de Dios, venimos empujados muy atrás. Era el 18 de Noviembre del mismo año: cuando todo estaba tranquilo, de repente vino una marea que nos dejó sin iglesia y sin residencia. Podemos decir que aquel lugar era un verdadero re-

trato de Jerusalén destruída: no se veía más que montones de piedra y madera. Era triste, muy triste ver la iglesia, donde poco antes se reunían los fieles para hacer sus oraciones, completamente destruída.

Y para que el lector se forme una idea más clara del triste hecho, léase la carta del Rdo. P. José María de Valencia á su inmediato superior: «La relación que le remito es por cierto deplorable: la marea que vino el 18 del pasado Noviembre nos dejó, como le participé á V. P., sin casa ni iglesia, y casi sin nada, fuera de los vasos sagrados, unos pocos ornamentos y las Imágenes, que fué lo primero que se pensó poner en salvo, viendo el peligro que por momentos aumentaba. El mar iba embraveciéndose de tal manera, que parecía quería tragarse esta comarca. Y por nuestra desventura fué poco menos, porque inundó casi todas las casas. En aquel entonces no había más remedio que huir. Nosotros, el hermano Fr. Eulogio y yo, nos refugiáramos en la última casa que hay á la entrada del bosque, y allí, aunque llegó, ya no pasó. Pero nuestra casa é iglesia, que estaban á la orilla del mar, no hubo remedio, lo devastó todo, dejando la cubierta de la iglesia, que era de zinc. Lo más que ahora sentimos es la pérdida espiritual. Desde entonces no se ha podido hacer nada, y para el cumplimiento pascual tuvieron que ir todos á la otra cristiandad. Allí los pobres oyen la Misa los días festivos en la arena, en medio de la plaza, casi al aire libre. Los naturales no ayudan nada; en este país nadie quiere hacer de carpintero; así es que voy pasando los días sumido en la tristeza.»

Hemos tenido otra contradicción en el pueblo de Onean. Queríamos poner una residencia en dicho pueblo; pero aquellas gentes estaban muy frías. Entre tanto nosotros íbamos muy á menudo á aquel pueblo. Por fin, después de tantas visitas y regalitos, se inclinaron á que hiciéramos la casa. El Gobernador mismo nos dijo: «Cuando tengan Vds. acopiados los materiales, vayan y pongan su casa.» En vista de esto, cuando teníamos lo necesario, fuimos con unos cuantos operarios; pero ellos, instigados por unos comerciantes, se opusieron y nos dijeron que nos volviéramos con todo lo que habíamos traído, rompiendo y arrojando al mar cuanto habíamos hecho. Se dió parte al Gobernador de lo que pasaba, y nos contestó que todo se arreglaría. En efecto, llamó pronto al reyezuelo, y después de haberle dicho que había hecho muy mal, y que él solo era el que mandaba en la isla, y lo que él decía se debía hacer, le mandó que construyera lo más pronto posible una casa para los misioneros. En breve tiempo la hicieron, y ahora ya parece que nos desean, pero no hemos ido definitivamente; solamente visitamos de vez en cuando, á fin de que se preparen mejor, y más vivamente deseen nuestra instalación.

Para más desdicha el *malecón* ó camino que nos abría gran campo para la evangelización de esta gente, se paralizó antes de concluir, y no sabemos cuándo se reanudará. Aquí los indígenas, como los europeos, se han dado á una especie de huelga, porque les quitaron el ginebra que hacía estragos, pues habrán muerto reventados con esta bebida, unos cuarenta. No había palabras que convencieran, ni los escarmientos que veían les hacían mella; al contrario, cada vez ansiaban

más y más. Hasta inventaron fiestas en honor de la bebida. Iban por turno por los pueblos, primero los hombres, y después las mujeres y niños; y ¡pobre de aquel que no bebía! pues á la fuerza le abrían la boca y se la llenaban. Llegaron hasta á tomar un borracho que estaba agonizando para hacerle beber el brevaie por fuerza. Era una cosa horrible. Le abrían la boca y echábanle bebida diciendo: «Te damos esto, para que tú nos mandes más *rum* del otro mundo;» y con esto le acababan de reventar. Prosiguiendo de tal manera las cosas, no había moralidad ni orden. Los matrimonios se desunían. Los hijos amenazaban y maltrataban á sus padres y la gente iba desapareciendo.

Esto nos obligó á reiterar las instancias á la Autoridad para que prohibiera dicha bebida. Con esto nos hicimos odiosos, pero ahora ellos mismos conocen y confiesan que están mejor.

Aunque hemos tenido estos contratiempos, y no hemos recogido tanto fruto como nuestras esperanzas nos prometían, sin embargo, en medio de estas tribulaciones hemos tenido el consuelo de bendecir la iglesia de San José de Torei. El 8 de Junio, octava del Santísimo *Corpus Christi*, se realizó este acto solemne, y á continuación se cantó la Misa con el Señor expuesto, y á la tarde hubo procesión con el Santísimo Sacramento por todo el pueblo. Asistieron á este acto tan solemne los fieles de todas las cristiandades. Además, en este año hemos tenido también el consuelo de hacer 119 Bautismos, 87 Confirmaciones, 184 Confesiones, 40 Comuniones, 7 Matrimonios y 2 Extremaunciones. Actualmente ya hemos empezado también la construcción de una capilla en la misma isla de Map, y además estamos preparando materiales para otra capilla en un pueblo llamado *Frá*. Finalmente, después de superar mil dificultades, por la intercesión del glorioso San José hemos podido fundar otra Misión en la isla Palaos. Aquí grandes fueron las dificultades, porque antes de darnos el consentimiento tuvieron que consultar con el *Galid* (demonio). Quien también al principio se mostraba muy opuesto á que pusiéramos la Misión; por fin consintió, y aun les riñó á los dos reyezuelos ó jefes, diciendo: «¿Por qué no queréis que pongan aquí la casa los misioneros?» El motivo porque no querían era, porque si poníamos allí la casa, habrían venido los soldados y barcos de guerra á matarles. Estaban tan convencidos, que no les pudimos disuadir de esto hasta que el *Galid*, por medio de una mujer que pretende tener dicho espíritu, consultó é interpretó favorablemente nuestra causa. Aquí es digno de notarse el modo y lugar que tienen para estas consultas. El lugar es la misma casa donde habita el consultor, ó poseedor, ó poseedora (pues lo mismo puede ser hombre como mujer) de *Galid*. En uno de los extremos de la casa tiene una alcoba con una manta ó telas encarnadas, y aquí después que se emborracha con el *buyo*, se entra y se está sin decir nada y quieta hasta que el *Galid* venga y le pregunte á ver «¿qué es lo que quieren aquellas personas que piden consulta?» Entonces ella dice: «Me pregunta; á ver lo qué es lo que queréis? ¿qué decís?» Y ellos exponen y dicen á qué vienen. Vuelve ella y le dice al *Galid*; y luego responde ella misma con voz fingida é ininteligible como si fuera del *Galid*, y después les interpreta á

los oyentes aquello que ha fingido como cosa del *Galid*. Cuando no les conviene la interpretación, replican é instan á que le pregunte de nuevo. Y entonces ella repite de nuevo la consulta. ¿Y qué resulta de esta consulta? Lo que antes le ha dicho; y si los otros insisten, ella, como si fuera la voz del *Galid*, habla confusamente, y dando gritos sale de la alcoba.

En *Palaos*, como en *Yap*, entre los inconvenientes que allí reinan, éste es el mayor, ó unos de los mayores para la predicación del Evangelio; porque no hay cosa por mínima que sea, donde no se consulte con el espíritu, como pasó con nuestra instalación; y aquella mujer cuando vió algunas cosas que teníamos, se persuadió de que si nos quedábamos allí, tal vez algo le tocaría á ella, y por eso dijo, que el *Galid* quería que se fundase allí la Misión. Por nuestro consejo ya podemos decir que esta gente relativamente á las grandes supersticiones se porta bastante bien; porque la mayor parte de ellos se han confesado tres ó cuatro veces en este año. Y lo que más nos consuela es que tienen mucha devoción á la Virgen del Rosario. Dios les dé su divina gracia para que puedan continuar y hacer frente á los muchos peligros á que están expuestos. Quiera el Señor que pronto veamos restaurada nuestra iglesia destruida, y florecer las capillas que ya tenemos empezadas, para que la luz del Evangelio brille sobre las tinieblas del error. Esta esperanza nos consuela y hace dulces nuestras fatigas. Nos anima siempre más á santificar nuestros hermanos que se encuentran en medio de una sociedad toda corrompida y sumergida en el vicio, á fin de que un día podamos todos volar á la patria celestial, para gozar de Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

EN EL KILIMA-NDJARO

(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL P. ALEJANDRO LE ROY, MISIONERO APOSTÓLICO

V.—En Gassi

*En casa de un negrero de cuenta.—El refugio.—
Un buen guía económico*

EL pueblo digo constantemente ha tenido que habérselas con dos enemigos: los massaias y los sua-hilis, los primeros porque les roban los rebaños, y los segundos porque les arrebatan los jóvenes, las mujeres y los niños.

Este último azote del país tiene su centro principal en Gassi, en donde lo dirige el famoso Mbaruku. Mbaruku, Embareuk, Baraka y Baruch son una misma palabra de origen semítico que significa *Bendición*. Aplicada al jefe de Gassi, es una soberbia antífrasis.

Descendiente de la antigua y poderosa familia de los Mazrui, á la que en el siglo último el imán de Mascata confió el gobierno de Mombaza, y que al advenimiento de los Bu-Zaid en Zanzíbar, se negó á reconocerlos, Mbaruku ha batallado constantemente contra Seyid-Said, Seyid-Medjid y Seyid-Bargash. Casi siempre refugiado en el interior, en las alturas de Muele, con una banda de partidarios, acogía á los árabes á quienes

proveía de esclavos, recibiendo de ellos en cambio cuanto pólvora y fusiles necesitaba para operar sin temor contra los débiles pueblos dígos. Cuando los europeos empezaron, hace pocos años, á dirigir codiciosas miradas á esta parte del Africa, Mbaruku fué el personaje más indicado para ser su instrumento, y lo fué, en efecto, aceptando sucesivamente los diversos pabellones que se le daban. Finalmente, habiendo sido declarada

los arrozales: cruzamos campos de sorgo, y pronto vemos dos hileras de casas nuevas, de estilo suahili: reducidas á cuatro paredes, con un cobertizo en la fachada, y numerosos compartimentos en el interior. Algunas son de piedra; pero la mayor parte consisten en zarzos llenos de tierra, con cubierta de hojas de cocotero. Hay una sola calle; pero, cosa notable, es recta.

Nos dirigimos á la residencia del Sheikh, y tenemos



ZANGUEBAR (*Africa Oriental*).—Esclavos aguardando el embarque en Gassi. (Pág. 133)

zona inglesa la parte que él ocupa, los ingleses le han dado á Gassi por capital, señalándole una pensión, y concediéndole suficientes soldados y fusiles para que se crea sultán del lugar.

Ignoro el uso que hace actualmente de este poder; pero, según declaración unánime de los dígos, en otro tiempo arruinó sus aldeas, transformó en desiertos solitarios países magníficos, y redujo á esclavitud á las tres cuartas partes de los habitantes, á quienes vendió en la isla de Pemba ó en Arabia. Extrañarán algunos que tan cerca de la costa haya aún no pocas tribus fetiquistas; y esto se debe á que los musulmanes no han querido hacer allí propaganda religiosa, á fin de tener el derecho de saciar en ellas su codicia. Para los secarios de Mahoma estas tribus vecinas no son otra cosa que un parque de esclavos, que explotan metódicamente, arrebatando de vez en cuando cuatro niños por cada seis, y dejando los dos restantes para la propagación.

Deseando ver al famoso Mbaruku, damos un pequeño rodeo hacia la costa y nos dirigimos á su capital. En los alrededores gran número de esclavos trabajan en

que aguardar largo tiempo en una pieza, donde están sentados los notables del lugar. La conversación es poco animada y algo ceremoniosa. Por fin, aparece Mbaruku, vestido con traje árabe: representa unos cuarenta años, y es de color poco pronunciado á pesar de ser hijo de una negra.

Nos acoge con cierta frialdad. Decímosle que estamos de paso; que nos dirigimos á Vanga, y de allí al Kilima-Ndjaro, y que al atravesar el país no hemos querido hacerlo sin saludarle. Nos escucha mientras nos examina atentamente, y nos hace muchas preguntas:

—¿Por qué elegís este camino? ¿Qué os proponéis hacer en Kilima-Ndjaro? ¿Es cierto que esta montaña encierra mucha plata? ¿Qué buscan los europeos en este país? ¿Están todavía los franceses en Madagascar? ¿Qué me decís del sultán de Zanzíbar? ¿Creéis que los ingleses abolirán la esclavitud? ¿Sois ricos? ¿Tenéis que decirme algo en particular? ¿Qué queréis de mí?

Esta última pregunta es la más práctica, y á ella podíamos responder por lo menos sin ambages: «Que nos dejes tranquilos, gran Seikh, pues estamos cansados (de tu interrogatorio, se entiende).»

Despidiéndonos en seguida, nos instalamos en nues-

tras tiendas, y damos un paseito de inspección por los alrededores.

La aldea es enteramente nueva, se llama Kan-Nabani, y será en lo sucesivo la residencia de Mbaruku. El verdadero Gassi está al frente, á la parte opuesta de una laguna que casi llena el mar todos los días. Vamos allá, y vemos es una simple reunión de cabañas, ocupadas por pescadores, lugar muy triste, pero sumamente propicio para servir de refugio á los negreros, por ser oculto é inaccesible á los buques de alto bordo.

Además, cuando el viento es favorable, en una noche pueden las embarcaciones indígenas pasar á la isla de Pemba, en cuyos campos de claveros pueden vender ventajosamente «la mercancía que trabaja y que habla.» Por lo demás, si en el horizonte se ve humear un vapor inglés, nada es más fácil que atar una piedra al pie del esclavo y echarlo al agua... Bajo un cobertizo había media docena de desdichados, sujetos con hierros, que aguardaban sin duda el momento de embarque. Al lado un vigilante, vara en mano, miraba á lo lejos. (*V. el grabado de la pág. 132*).

De regreso á nuestro campo encontramos un plato de arroz y otro de volátil, cada uno de ellos calentito bajo una especie de tapadera cónica, de paja trenzada y adornada con dibujos de lana multicolor, que usa la alta sociedad musulmana, regalo del Sheikh. (*V. el grabado de la pág. 129*). El arroz es bueno, pero el excesivo jugo de limón ha echado á perder la salsa.

El mismo viene el día siguiente á devolvernos la visita, y cuando se marcha acércasenos un hombrecillo con un gran rosario musulmán en la mano. Es Bohero,

el guía del barón Van-der-Decken en su primera expedición al Kilima-Ndjaró en 1861. En este momento regresa de un viaje por el interior, y dice conoce todos esos países como los huecos de sus manos: nos habla de un sitio que llama Molok, entre los massaias, donde hay una gruta misteriosa, en la que entró una vez, y que asegura está llena de maravillas, conteniendo grandes piedras cortadas, con multitud de inscripciones desconocidas. Al advertir que nos interesa su relato, se ofrece á servirnos de guía, mediante... ¡cien mil piastras!

La conversación de este hombre, que tanto prometía, se hace cargante en extremo, é interminable por las continuas invocaciones al cielo pasando su rosario, sin duda para excusarse con su amo por entretenerse tan largo tiempo con los infieles. Despídese, por último, para ir á hacer sus oraciones, prometiendo volver más tarde.

Vuelve, en efecto, al anochecer, para pedirnos una caja de ron.

—Pero ¡cómo es eso, Bohero! ¡Mahoma prohíbe el uso de semejante líquido!

—Sí, pero si lo bebo, ¡oh, muy raras veces! no es como licor, sino como remedio.

Y tose con violencia.

—¿Cuánto á la vez?

—Media botella...

Dejamos el asunto para el día siguiente, en que, con grande satisfacción nuestra, nos despedimos de Mbaruku, de Gassi, de Bohero, y de toda esa infecta guarida de negreros y ladrones.



AFRICA ORIENTAL.— Restos de palmeras de abanico (*delebs*) en el país Vumba. (*Pág. 135*)

VI.— Más lejos

Un bello país desierto.—Atacados por las Amazonas.—Hormigas de Africa.—El país Vumba y sus palmeras

Al salir de Gassi nos dirigimos á la parte alta del país para evitar las lagunas y desembocaduras de los ríos que tendríamos que atravesar por el litoral.

La comarca que recorreremos, con hermosas colinas y valles, es fértil, bien regada y cubierta en algunos puntos de frondosos bosques, pero está despoblada á causa de las rapiñas de Mbaruku.

A trechos algunas tórtolas (1) hacen oír sus arrullos á nuestro paso, asombradas sin duda de ver seres humanos. Algunos papagayos vuelan de uno á otro árbol. Bandadas de monos (2) corren de aquí para allá; pero no se encuentran piezas de caza. En el sendero se ve variedad de flores, y entre ellas muchas orquídeas (3). Una, pequeña y muy bella, tapiza un vasto claro del bosque; otra, el *lissochilus* amarillo, crece al sol, entre las hierbas. Más lejos, en el linde de un bosque, enormes flores odoríferas, cuyo cáliz mide más de veinticinco centímetros de longitud, cuelgan de una especie de liana y forman un magnífico ramillete: es una gardenia; pero únicamente los insectos parecen apreciarla, pues la rodean á centenares.

Llegamos á Mafisi, aldea exclusivamente de digos, los cuales nos dispensan cordial acogida.

Por la noche, apenas hemos conciliado el sueño cuando un grito, salido de la tienda de S. Ilma., siembra la alarma en el campamento. Es un ataque en regla, una sorpresa: ¡á las armas!

Corren todos á la desbandada, á la luz de las teas de que cada cual se ha provisto, y vense cerrados escuadrones de esas grandes hormigas negras conocidas con el nombre de *siafu*. Aparecen aquí, allá, en todas partes, es una verdadera invasión. Los bagajeros, atacados á su vez, saltan en las hierbas con los tizones en las manos; gritan, se frotan los miembros, se arrojan al suelo, se retuercen y lanzan mil imprecaciones, ofreciendo, en las tinieblas de la noche, un espectáculo sobremano singular. Pero, mientras lo estamos contemplando, he aquí que un vigoroso pellizco nos hace llevar la mano al punto atacado, y luego sentimos otro y otro, y antes de que hayamos podido darnos cuenta de lo que nos sucede, advertimos que estas bestias endiabladas se han apoderado de nuestras piernas, nuestro pacho, nuestros brazos, nuestra barba y nuestros cabellos. ¡Hay para volverse loco!

Téngase presente, en efecto, que estas hormigas son verdaderamente feroces. Su papel es desembarazar el suelo de los restos de animales que en él esparce la muerte, y si en este trabajo un ser viviente les interrumpe, ¡mil veces desdichado! los insectos, los lagartos, las aves y aun las serpientes son atacadas y aniquiladas.

(1) *Chalcopeleia Afra*; *Peristera tympanistria*; *Turtur capricola*, ecc.

(2) *Cercopithecus* Sp.; *Cynocephalus Babouin*.

(3) *Lissochilus*, Sp.; *Cymbidium*, Sp.; *Disperis*, Sp.

Como muchos de sus congéneres, estas hormigas se presentan bajo dos formas: la una pequeña, de ocho milímetros á lo más, es de aspecto regular, y poco menos que inofensiva; la otra, de doble longitud, tiene la cabeza proporcionalmente enorme, y está armada de un formidable par de pinzas y dotada de malicia infernal. La primera es el macho, y la segunda la hembra, que, á causa de sus disposiciones belicosas, los naturalistas apellidan amazona. Entre éstas, la república escoge una á la que prodigan especiales cuidados y alimentan abundantemente, llegando á ser tan gruesa como un dedo pequeño y que no puede moverse. Su ocupación única, su función exclusiva es producir constantemente nuevas hormigas. Un día, al derribar un viejo muro, encontré esta reina madre de los *siafu*, y como me competía ejercer contra su tribu legítimas represalias, me tomé la libertad de meterla en un frasco de alcohol, lo que me permite ofrecer hoy su retrato auténtico. (*Véase el grabado, pág. 129*).

En los lugares húmedos, con frecuencia se encuentra la tribu dispersa, buscando el diario sustento. Pero, por motivos que ellas sabrán (quizá para ir á fundar una nueva colonia), con frecuencia se reúnen, y emprenden el viaje en columna cerrada. Marchando siempre unas tras otras, forman un pasadizo con doble pared de arena fina. Por este camino hueco pasan solamente los machos, los inofensivos, mientras por ambos lados van las Amazonas con la cabeza levantada y sus grandes pinzas abiertas, amenazadoras, terribles, protegiendo á las restantes y recordando con su actitud esa famosa *bóveda de acero* que forman los francmasones con espadas cruzadas sobre la cabeza de sus miembros queridos. Cuando entran en una cabaña porque se encuentra á su camino ó les atrae algún resto de animales, si se las deja tranquilas pasan sin dejar otras señales que un pequeño surco. Mas si por desdicha se las inquieta, dispérsanse al momento y se lanzan al ataque del filisteo con furiosa energía. Sus pinzas se agarran con fuerza á vuestros vestidos y á vuestra piel, y veréis al animalejo retorcerse para mejor morderos, sin que nunca abandone su presa; siendo preciso arrancarle primero el cuerpo y luego la cabeza. En la especie humana, un ejército de semejantes Amazonas sería invencible.

En todos nuestros viajes las encontramos, y la costumbre del ataque ha inspirado el hábito de la defensa. Así que alguno de los nuestros ve una caravana de hormigas, da la señal de alerta, y sin ruido y sin remover las hierbas, se les arroja agua hirviendo desde lejos, ó se las persigue con antorchas encendidas. Pero en todo caso; cuidado con las piernas!

Las *siafu* no son las únicas hormigas de Africa: hay una especie roja y pequeña que cubre á veces caminos y campos; otra, negra y más pequeña aún, vive bajo los troncos de los árboles y las piedras.

Otra hormiga, de un rojo transparente y de mediana talla, encuéntrase especialmente en la costa, y habita con preferencia en los naranjos y mangas. Otra vive solitaria: es gruesa, larga y negra, siendo tan pronunciado el hedor que despide, que una sola basta para revelar su presencia á dos ó tres metros de distancia. Puse algunas en frascos que, á pesar de vaciarlos en seguida

y limpiarlos bien, han quedado infectos más de un año. La esencia de esta bestiezueta daría en perfumería resultados sorprendentes.

Otra especie de hormigas, llamadas sungu-sungu, se halla con frecuencia en los caminos. Son algo más largas que las feroces siafu, y muy negras. Marchan también en columnas cerradas, de dos ó tres centímetros de anchura, pero sin protegerse mutuamente, y saquean los nidos de las hormigas blancas ó termitas. Como aun no se ha encontrado remedio contra los estragos que causan estas últimas, sería interesante saber si criando junto á las viviendas que devastan, una tribu de sungu-sungu, se obtendrían felices resultados.

Pero ¡qué modo de divagar! Hablando de los hombres he venido á entretenerme con las hormigas. Verdad es, por otra parte, que unos y otras no dejan de tener en estos países alguna semejanza: aquí las hormigas se hacen perpetua guerra, los hombres también; aquéllas no reúnen provisiones, éstos tampoco.

Desde Mafissi en tres horas de camino llegamos Munda, distrito del que es jefe Kikone. Acercándonos entonces al mar, por una llanura baja é inculta en la que crecen diversas especies de palmeras (1), como el dum ramoso, el elegante eleide y el majestuoso boraso de Etiopía, llegamos á un pueblo casi desierto en donde nos instalamos. Es *Madzoreni*, que significa «En las palmeras-abanicos.» Este nombre está plenamente justificado por la enorme cantidad de estos hermosos árboles que aquí se ven por do quier. La escena que se ofrece es sumamente singular. Con objeto de procurarse la savia fermentada, á los indígenas nada les ha parecido más expedito que cortarles la cabeza y hacer en la parte superior un hueco que cada mañana se llena de vino de palma. Por desdicha, como no se vive mucho tiempo sin cabeza, tardan muy poco en morir los árboles. Así los troncos se levantan rectos y descabezados en la llanura, y por la noche, cuando sopla el viento de la playa y la luna alumbra melancólicamente estas ruínas, créese uno entre templos y palacios de una ciudad antigua cuyas columnas atestiguan su pasado esplendor. (*V. el grabado de la pág. 133*).

Estamos aquí frente de Wassini, islote habitado y provisto de buen puerto, pero pobre de agua dulce. Los habitantes tienen sus pozos y campos en las tierras del frente, en Tchuyu, Pongüe y Madzoreni, donde nos encontramos, y en Vanga, á donde nos dirigimos. Toda esta región, denominada Vumba, y que se extiende hasta Pangani, la habitaron en otro tiempo colonias persas de Shiraz, como lo afirma la tradición y lo demuestran las ruínas. Hoy la población es muy miserable: unos cultivan la tierra, otros pescan, y otros, finalmente, se dedican á la elaboración de sal. Cada tres días celébrase un mercado, que reúne á los habitantes de la costa y del interior, y se hace mutuo cambio de productos y noticias. Estos mercados son frecuentes en el país digo, y acuden á ellos desde muy lejos.

(1) *Hyphæne Thebaica*, Mart; *Elæeis Guineensis*, L.; *Borassus Ethiopicus*, Mart; *Phoenix Senegalensis*.

VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XIII

Las minas de turquesas de Magharah

Las entradas de las minas están al Poniente del uadi, á cuarenta y cinco metros de elevación, en el declive de una elevada peña de gres oscuro.

Según las antiguas inscripciones egipcias de las minas, sacábase de ellas el *mafka*, substancia que daba su nombre al distrito en que están enclavadas. ¿Qué es el mafka? Los sabios no están de acuerdo sobre este punto. Unos creen que es la turquesa y otros la malaquita, dos piedras que deben al cobre su bello color azul y verde; mientras no faltan quienes crean que es el mismo cobre. Actualmente sólo se halla en estas minas abundancia de turquesas y muy pocos vestigios de malaquita y cobre.

Más que la significación precisa de la palabra mafka nos interesa su semejanza, señalada por Ebers, con el nombre de Daphca, en hebreo Dopnkah, de la primera estación de los hijos de Israel después de los desiertos de Sin (1). Esta semejanza de nombre, la situación del lugar en la ruta de Raphidim, á una jornada corta del desierto de Sin; la vasta llanura que sigue al uadi Sidr, la fuente situada á media hora en el límite de la llanura; el agua que antiguas inscripciones suponen cerca de las minas, todo esto constituye en favor de la opinión que supone aquí la estación de Daphca, un conjunto considerable de probabilidades.

De pronto se nos presentan unos doce beduínos que se ofrecen á acompañarnos á las minas. ¿De dónde vienen? ¿Cómo han tenido noticia de nuestra presencia? Es un misterio que sólo descubriremos cuando al partir veamos á unos cien metros de elevación, en la rápida pendiente del uadi Sidr, la gruta cerrada desde la que observan la entrada del uadi Magharah y la llanura donde pacen sus camellos. No son djebeliyebs; pertenecen á otra tribu, los sawalihebs. Mostráronse serviciales sin importunidad, de buen humor y tan discretos en sus demandas, que les dimos más de lo que pretendían. ¡Qué diferencia entre esas buenas gentes y los astutos é importunos beduínos de las grandes pirámides de Gizeh, más en contacto con el mundo civilizado!

Sin mucho trabajo subimos á un camino que conduce á las principales entradas de las galerías de las minas. Estas son grandes salas muy bajas, excavadas unas á continuación de otras en el gres oscuro. Gruesos pilares, trabajados en la roca, sostienen la bóveda.

En todas partes se ven señales del trabajo de los mineros, y no es difícil hallar turquesas que pueden arrancarse con la punta del cuchillo; pero, una vez expuestas al aire y á la humedad, palidecen poco á poco y toman un tinte verdoso, motivo por el cual la turquesa sinaítica tiene poco valor. Por haber ignorado este defecto, el Sr. Macdonald se arruinó en la explotación de la mina.

(1) Num. xxxiii, 3.

El mayor interés lo despierta el exterior de las galerías, pues en las rocas á orillas del camino, los egipcios escribieron la historia y las costumbres de su ocupación en veinticuatro cuadros ó inscripciones en las que apenas se nota la huella de los siglos. Estos primeros maestros en el arte de escribir en la piedra para los siglos venideros, procuraron colocar la mayor parte de sus cuadros en superficies verticales, al abrigo del viento del Oeste, principal agente exterior de destrucción en estas comarcas, por la erosión de las arenas del desierto que proyecta.

na, salvo una sola vez, al capitán de la embarcación; por lo tanto, las comunicaciones con el Egipto se hacían casi siempre por la vía marítima.

Un gran cuadro muestra al representante del rey del Alto y Bajo Egipto asistiendo con otros personajes á la apertura solemne de una nueva mina, teniendo en las manos las insignias acostumbradas en semejantes ceremonias, la cuerda, el martillo y el cincel. En otra escultura menos esmerada, sin carácter oficial, representando una familia de mineros, adviértese una figura de cincel con cola de golondrina, lo que corresponde per-



México.—Catedral de Guadalajara. (Pág. 127)

La más antigua de estas esculturas, hecha cinco mil años ha, según los egiptólogos que menos remontan las fechas de las antiguas dinastías, representa á Snefru ó Soris, el predecesor del Faraón de la gran pirámide Cheops: tiene por los cabellos á un Mnath, pastor del Este, arrodillado en su presencia, y va á herirle con su hacha. A poca distancia Cheops derriba á un enemigo asiático, en presencia del dios Toth con la cabeza de ibis. Otras inscripciones, posteriores á éstas, hablan también de victorias alcanzadas sobre los pastores ó Mentis, y de Comisiones reales enviadas para explorar el país, con gobernador, capitán de tropas, superintendente de transportes, escriba sagrado é inspectores. Trátase de una expedición de setecientos treinta y cuatro hombres, bajo la dirección de un funcionario civil y religioso, que debe apoderarse del mafa y del cobre (ó hierro) de la comarca. Cuando se trata de envío de tropas ó trabajadores para las minas, siempre se mencio-

fectamente á los vestigios que los instrumentos de trabajo dejaron en las galerías.

El último monumento en el orden cronológico es una estela del tiempo de Ramsés II, el opresor de los hebreos, el padre del Faraón del Exodo.

Al pasar los hijos de Israel debieron lanzar una mirada de desprecio ó de indiferencia sobre esos monumentos de los perseguidores de sus padres; pero, mas prudentes que muchos vencedores de nuestro siglo, no se entregaron á ningún acto de venganza inútil contra las figuras de sus enemigos.

Un explorador francés, Lottin de Laval, y otros muchos viajeros, han inscrito sus nombres y la fecha de su visita al lado de las tarjas de los Faraones. No les envidiamos el gusto.

La serie de los monumentos reconstituyen la historia. Snefru, primer Faraón de la VI dinastía, abrió las minas, después de haberse apoderado del distrito ven-

ciendo á esos pastores de An, á quienes nos refiere la Biblia abominaban los egipcios (1).

La explotación fué repetidas veces interrumpida, especialmente desde la V á la XII dinastía, durante cuatrocientos cincuenta años, y todo el tiempo de la dominación de los reyes Pastores ó Hyksos, y fué definitivamente abandonada bajo Ramsés II. Así Moisés no tuvo que temer el encuentro de los egipcios en Daphca, pues habían abandonado estos lugares muchos años antes del Exodo. Ya en tiempo de Amenemhat II, tercer rey de la XII dinastía, empezaba á agotarse el mafka, el Faraón mandó abrir nuevas minas en las montañas de gres de Sarbut el-Magharah, creando un segundo distrito minero, más extenso y rico, que visitaremos á nuestro regreso.

Frente de las minas, al otro lado del valle, en un montecillo aislado, de pendientes rápidas, están las ruinas de las habitaciones de los obreros, y en la cumbre las del fortín ocupado por la guarnición. Vense allí muchos instrumentos de sílex, cuchillos, cinceles, hierros de flecha y lanza, que atestiguan lo escaso del hierro en la época de la explotación, sin que por eso creamos que las galerías de las minas hubiesen sido abiertas con tan débiles instrumentos, pues pudieron todo lo más servir para grabar los cuadros y las inscripciones. ¿Acaso no es sabido que se emplearon instrumentos de hierro en la construcción de las grandes pirámides?

Desde la fortaleza se baja por un camino antiguo al vallecito donde el mayor Macdonald se construyó una casa bastante cómoda. ¡Qué singular efecto forman esas paredes revocadas, esas puertas y ventanas y esos vidrios especialmente, cosas todas de otro mundo, que aquí no conciertan con nada! Desde hace más de veinte años la llave no ha dado la vuelta en la cerradura, y sin embargo, todo está intacto y en orden como la quinta de un honrado ciudadano. A través de los vidrios se ven utensilios caseros que pueden permanecer allí algunos siglos y adquirir subido valor de antigüedad. Sabíamos ya que el tiempo nada echa á perder en el desierto; pero no podíamos suponer que la probidad de los habitantes llegase á respetar hasta este punto todo lo que no les pertenece, aun cuando no sea de nadie, pues seguro es que no ha venido aquí ningún ugiar á tomar posesión de la casa en nombre de los acreedores de Macdonald.

XIV

El uadi Mokatteb y las inscripciones sinaiticas

Siguiendo la ruta del pueblo de Israel caminamos algunos momentos al Este en el uadi Sidr, y luego, dirigiéndonos ha-

cia el Sur, llegamos á una magnífica llanura, de doce kilómetros de largo y cuatro de ancho, que se extiende al Mediodía entre dos líneas de rocas, magnífica plaza de campamento para los viajeros y los nómadas de la comarca. El Djebel-Nebba, la montaña de la fuente, situada al Levante de la llanura, subministra el agua; numerosas acacias de Seyal, hermoso árbol bíblico, ofrecen sombra y combustible; hierbas más espesas que en la mayor parte de los uadis de la península, presentan un alimento relativamente abundante para los rebaños y bestias de carga; las rocas á pico de gres rojo que limitan la llanura á Poniente, son un abrigo contra el viento del Oeste y el sol de la tarde. Tal aparece desde luego el uadi Mokatteb, el valle escrito.

Con justo título merece este nombre; pues las paredes de la roca al alcance de la mano y los bloques de gres caídos del monte están cubiertos de inscripciones singulares, trazadas sin orden en la tosca superficie de la piedra, en una lengua desconocida, con caracteres que de lejos se parecen al hebreo y al cófico ó antiguo árabe, y que no son ni uno ni otro. Aunque la lengua generalmente parece la misma, los caracteres presentan aspectos muy varios: en una inscripción están aislados y son de forma cuadrada, mientras en otra apa-



MÉJICO.— Hospicio de Guadalajara. (Pág. 127)

(1) Exod. XLVI, 43.

recen enlazados y son como cursivos. Sus trazos, anchos como el dedo pequeño, se distinguen, más por su color blanquecino resaltando sobre el rojo obscuro de la peña, que por su hueco, casi insensible: diríase que han sido hechos picando la roca con una punta de piedra dura. Con las inscripciones hay mezcladas cruces de todas formas, algunas hendidas, figuras de hombres y de animales, caballos, camellos, cabras, avestruces, semejantes á garabatos infantiles. Por lo demás, los palos oscilantes de las letras, las líneas onduladas ó inclinadas de las palabras revelan poca habilidad ó aplicación en los obreros que las trazaron. Tales son las inscripciones sinaíticas, de las que tanto se ha hablado durante más de medio siglo, y que son todavía para los orientalistas un campo de estudio en parte inexplorado.

Un mercader de Alejandría llamado Cosmas, y apellidado Indicopleustes por sus viajes á las Indias, en un libro curioso y original que escribió por los años 535, después de haberse hecho monje (1), hablando de las inscripciones del uadi Lokkateb dice que son obra de los hijos de Israel, sus ejercicios de escritura para aprender á formar las letras que Dios les había enseñado en el Sinaí, dándoles las tablas de la ley por modelo.

La obra de Cosmas, publicada en 1707 por el sabio benedictino Montfaucon (2), llamó la atención de los sabios sobre las inscripciones del Sinaí. Impaciente por averiguar la verdad de este aserto, un obispo anglicano, Clayton, en 1750 ofreció doce mil quinientos francos á la Sociedad de anticuarios de Londres para el sabio á quien ella enviase á sacar copia de las inscripciones. En 1840 el profesor Beer, de Berlín, logró dar con el alfabeto sinaítico, excepto una letra que equivocó, y dió algunas traducciones que no indicaban origen hebraico.

La mayor parte de las inscripciones son obra de mercaderes y viajeros nabateanos, que frecuentaban los caminos de la península á causa del comercio, de que durante algún tiempo su nación tuvo como el monopolio entre Asia y Africa. Otras están escritas por peregrinos al dirigirse al monte santo.

Las inscripciones en esta lengua semítica, que se ha convenido en llamar sinaítica, son las más numerosas: contienen algún nombre propio, generalmente pagano, y dicen simplemente: «N. ha pasado por aquí; que la paz sea con él.»—«Que Alá se acuerde de N.»—«Bendito sea N., hijo de M.»—«Acordaos de M., hijo de M.»

Trátase de personajes enteramente desconocidos, cuyos nombres se asemejan á los que todavía se acostumbra entre los djebelíehs; pero no se halla el nombre de Muça (Moisés), tan común entre estos beduinos.

Las cruces, las letras Λ y Ω que acompañan la cruz, la P con barras, formando el monograma de Cristo, y otros signos cristianos, mezclados con los caracteres sinaíticos, fueron probablemente añadidos por los pere-

grinos que han grabado los mismos signos en su propia inscripción griega y copta. Por lo menos no se ha encontrado hasta ahora inscripción en lengua sinaítica que sea indudablemente cristiana.

Todo se reduce á escrituras particulares, á *graffiti* de viajeros, trazadas como recuerdo de su paso, en las peñas, junto á las cuales acamparon, como los nombres muy recientes que se hallan escritos en las paredes de las fondas en cualquier país de Europa. Todo su valor histórico se reduce á hacer revivir el recuerdo del pueblo nabateano, que brilló como un meteoro dos ó tres siglos antes de nuestra era, y se extinguió en el segundo, absorbido en el imperio romano, sin haber dejado otras huellas de su opulencia que las espléndidas ruinas de Petra, su capital, á la mitad del camino entre el golfo Elanítico y el mar Muerto, sin otra historia conocida que sus guerras contra uno de los sucesores de Alejandro, los judíos y los romanos, y sus alianzas con los Macabeos (1).

Calcúlase que hay que referirlas á un período que abraza los dos siglos que precedieron al principio de la era cristiana y los dos siglos siguientes. El descubrimiento de la *Peregrinación de Santa Silvia* parece confirmar esta opinión cuando nos dice que en su tiempo, á fines del siglo IV, los habitantes del país ya no comprendían las inscripciones sinaíticas. «Allí donde se abren las montañas, léese en una parte de su relato transmitido por Pedro Diácono, hay un valle de seis mil pasos de ancho y notablemente más largo. En todas las montañas que lo rodean se han hecho grutas tales, que con tapices fácilmente se las convertiría en buenos aposentos. Cada sala está llena de letras hebraicas.» La ilustre peregrina mezcla quizá en sus recuerdos las excavaciones mineras de Magharah con las inscripciones del valle vecino, pero indudablemente que el valle de que hace mención es el uadi Mokatteb, única llanura en toda esta región, cuyo ancho sea de unos seis mil pasos.

Entre las inscripciones en otras lenguas, copta y griega latina, unas son evidentemente contemporáneas de las primeras, y otras datan probablemente de los dos ó tres siglos siguientes. Tienen generalmente signos y nombres cristianos, y reproducen á corta diferencia las mismas fórmulas que las inscripciones en lengua sinaítica. Al pie de la inscripción de un diácono llamado Job, un soldado poco amigo de los cristianos escribió en griego: «¡Maldita sea esta raza! Yo, Lopor, lo escribo de mi mano.» En otra parte léese en latín: *Cessent Syri ante Latinos Romanos* (que los sirios se retiren ante los latinos de Roma).

Si la arqueología moderna no ha tenido la buena fortuna y la gloria de leer la historia de los hijos de Israel escrita por sus propias manos en las rocas del desierto; no le agradecemos menos haber hecho desaparecer la falsa aureola que rodeó algún tiempo á las inscripciones sinaíticas, que el haber leído en los jero-

(1) *Tapographa Christiana*, L. V., Migne, *Patr. gr.*, t. 88, loc. 218.

(2) *Collectio nova Patrum et Scriptorum graecorum*, t. 2.

(1) Machab. v, 25; ix, 35.

glíficos de Karnak: «Sesac venció á Roboan,» y en los documentos cuneiformes de Asiria: «Senaquerib sitió á Ezequías en Jerusalén (1).» El relato de Moisés no tiene necesidad de ser confirmado por una escritura humana. ¿Acaso su brillante confirmación no está escrita por la mano del Criador en las montañas, los valles, las plantas, toda la naturaleza del país que visitamos?

MISIONES CATÓLICAS ENTRE PROTESTANTES

No vamos á tratar de los predicadores católicos que explican el Evangelio en naciones en otro tiempo ortodoxas, Dinamarca, Inglaterra, Suíza ó Rusia, sino de los que son empleados por Gobiernos y pueblos protestantes para civilizar sus colonias. Esas naciones tendrían cuantos misioneros protestantes quisieran, porque en realidad son buenos destinos los que sirven esos señores; pero los rechazan, y prefieren las Ordenes y Congregaciones de los católicos. El mejor ejemplo es el de Alemania.

Las colonias del Imperio no tienen más antigüedad que la del Imperio mismo, y ya son importantes en el continente africano. Otras tantas cuenta el nuevo reino de Italia; pero, ¡cuán diferentes de aquéllas en importancia, extensión y valor! Y en cuanto á diferencia de administración y gobierno, nada digamos, porque las colonias italianas, por más que lleven el pomposo y poético nombre de Erithrea, no han de ser mejor gobernadas que la metrópoli.

Una de las Congregaciones que Alemania utiliza y acaba de rehabilitar es la que lleva el hermoso nombre de *Padres del Espíritu Santo*, ó *Negros*, por otra denominación.

Hállanse establecidos en el Africa Oriental, en Zanzíbar, y merecen respeto de cuantas Autoridades envía el Imperio á tan lejanas regiones. Dirígelos el P. Acker, superior de la Misión de Zanzíbar, cuyo nombre alemán, por su significación para la obra que ha emprendido, parece providencial y no puede ser de mejor agüero.

El canciller Caprivi, el Dr. Bossi, el consejero Krey, que representan en Berlín la centralización del poder colonial, piensan como Gambetta que los misioneros católicos son inmejorables para las colonias. Será egoísta esa política, pero es fundada en los verdaderos intereses de la patria.

El príncipe AreMBERG, dirigiéndose al Gobierno, ha dicho que no se comprende que misioneros que tanto sirven al Imperio, tengan que prepararse en Francia para las tareas de su sagrado ministerio; y como el terreno estaba bien dispuesto, Parlamento y Gobierno han convenido en derogar, respecto á esos Padres, la legislación del *Kulturkampf*.

Mucho tardó Bismarck en convencerse de lo que sirve un misionero católico, aun á las potencias protestantes; hace diez años les negaba el permiso para fundar Casas de Misión; ahora nadie se opone á ello, á

pesar de que en el Ministerio de Cultos apenas hay un destino para empleados católicos.

Kapser y Emin-Bajá han deshecho muchas preocupaciones que los protestantes abrigaban: los políticos y ministros de Alemania, donde ven un misionero, allí reconocen un apóstol de la civilización y un ilustrado y celosísimo defensor de la patria.

¿Por qué habían de ser menos que nosotros los alemanes, si en España las casas de Religiosos misioneros se sostienen y se han sostenido á pesar de todas las locuras y revoluciones?

A donde no pueden ir los numerosos ejércitos de Jerjes (y ninguna potencia puede mandarlos á Ultramar) pueden ir reducidos grupos de misioneros que enseñan, trabajan, predicán y sostienen los derechos é intereses de la metrópoli, sin necesidad de acudir al recurso tantas veces inútil de la fuerza.

LA PASCUA DE RESURRECCIÓN

EN ORIENTE Y OCCIDENTE

Si grandes y patéticas son las ceremonias de la Semana Santa en Jerusalén, ninguna más imponente y magnífica que la fiesta de la Pascua que se verifica en la iglesia del Santo Sepulcro, y que, según el P. Geramb, pudiera considerarse como un reflejo de las alegrías celestiales.

El Oficio da principio á las doce de la noche del Sábado Santo.

La iglesia del Santo Sepulcro presenta en aquella hora solemne el aspecto más grandioso y deslumbrador.

La inmensa nave, profusamente iluminada, puede apenas contener el gran número de peregrinos que acuden de todos los ámbitos del mundo, y que, agitando las hachas encendidas, entonan á grandes gritos el melodioso cántico del *Aleluya*.

¡*Aleluya!* ¡*Aleluya!* gritan á la vez las mujeres y niños que llenan las espaciosas galerías, levantando en alto los perfumados cirios y atronando los espacios con el solemne cántico, que repiten regocijadas las imponentes bóvedas.

Los Obispos, cubiertos de oro y pedrería, precedidos de turiferarios que embalsaman la atmósfera, elevando hasta los pies de Dios azuladas nubes de incienso, y seguidos de un gran número de sacerdotes, cubiertos todos con la capa pluvial de oro, dan la vuelta al Santo Sepulcro entonando himnos á la Resurrección, entre tanto que la multitud entusiasta que acompaña la procesión continúa gritando: ¡*Aleluya!* ¡*Aleluya!*

El domingo se celebra el Oficio del día con una magnificencia sin igual. Lámparas, candeleros, ornamentos, y hasta las riquísimas colgaduras que adornan las paredes, todo es allí ofrenda de reyes y emperadores, ó donativos de la Europa cristiana.

En la puerta del Santo Sepulcro se coloca ese día un altar donde el Padre Guardián, después de oficiar de pontifical, da por su mano la Comunión á todos los peregrinos.

La fiesta dura todo el día, y aun después de cerrar

(1) Vigouroux: *La Bible et les découvertes modernes*.

la noche todavía resuenan los cánticos sagrados en el Sepulcro del Dios-Hombre, confundidos con el ¡*Aleluya!* ¡*Aleluya!* que repiten á lo lejos las perfumadas bóvedas.

En Roma, las ceremonias de la Resurrección dan también principio el Sábado Santo con esa magnificencia que despliega en todas las solemnidades religiosas la moderna Jerusalén. A las cinco de la tarde se celebra en una de las iglesias de la plaza de *il Popolo* la primera Misa de Pascua, según el rito de los armenios unidos.

El Obispo que oficia, revestido de ricos ornamentos orientales, y ostentando una blanca veneranda barba, aparece rodeado de un gran número de asistentes, que arrastran espléndidas dalmáticas de púrpura y oro.

Dos de ellos sostienen en el aire una banda de seda blanca con franjas de oro, y durante la elevación de la Hostia otros dos asistentes tienden ante los ojos del oficiante un blanquísimo paño de lino, como símbolo del misterio que rodea al Ser increado.

Al describirnos la magnificencia de los Oficios de Pascua en la catedral de San Pedro; al pintarnos las celestes facciones del augusto Pontífice uno de los peregrinos que han pasado en Roma la Semana Santa, anonadado ante la idea de tanta grandeza, encorvado bajo el peso de aquella misteriosa y augusta bendición, exclamaba con toda la fe ardiente de un corazón apasionado: «¡Señor, Señor! ¿Cuál será la grandeza de Jesucristo si la vista de su Vicario en la tierra produce en el alma tan maravillosa sensación?»

LOS RUSOS MARTIRIZANDO A POLONIA EN EL SIGLO XIX

DE una interesante carta fechada en Cracovia el 28 de Febrero último, que publica un periódico católico de Madrid, tomamos lo siguiente:

«Ya conocéis la matanza de católicos de los dos ritos, latino y griego unido, ocurrida en Sledzianow en



MÉJICO.—Salto de Juanacatlán. (Pág. 127)

Al terminar la Misa se reparten en gran número panes ázimos, adornados con la efigie del Cordero pascual.

Pero la gran fiesta romana, la que nuestra pluma no acertará jamás á describir, es la que celebraba antes de su cautiverio el Padre Santo en la Basílica de San Pedro.

La entrada del Pontífice, conducido en la silla gestatoria á través de la colosal Basílica, era un espectáculo único en el mundo, una solemnidad augusta que formaba el más maravilloso contraste con la pompa teatral de los armenios. Al ver al Padre Santo con su sonrisa evangélica, con su frente radiante de pureza, caminando en su silla sobre la multitud apiñada, y acariciado por cuatro grandes abanicos de pluma, el corazón palpitaba, el espíritu se exaltaba, y el espectador creía asistir á la transfiguración de un bienaventurado que los Angeles conducen en triunfo.

la diócesis de Lublín en Podlaquia, donde la caballería rusa cargó sobre los fieles, que en el día de la Asunción se habían arrodillado en multitud bajo la puerta de una iglesia católica cerrada por el Gobierno, y cuyos carcomidos cerrojos cedieron de pronto á la presión de la multitud. Como consecuencia de este reciente capítulo del martirologio religioso y nacional de Polonia, creo conveniente informar á la católica España de lo que ocurrió el 22 de Noviembre último en Kroze, en la provincia, hoy Gobierno ruso, de Kowno en Lituania, no lejos de la frontera prusiana.

«En el momento en que el *Dnecznik*, periódico ruso de Varsovia, se esfuerza en persuadir á sus lectores de que todas las quejas y acusaciones contra la intolerancia moscovita no son sino invenciones de los periódicos polacos que se publican al otro lado de la frontera rusa, en Galitzia y en la Posnania, el espantoso drama que

se desarrolló en Kroze da completamente la razón á estas acusaciones y á estas quejas.

«El convento de Religiosos de San Benito, que existía aun en esta pequeña población, celebrado por la permanencia en él del poeta Sarbicwski (Sarbievics), coronado en el siglo XVII en Roma en el Capitolio por sus poesías latinas, este convento, digo, había sido cerrado hace poco tiempo por orden del Gobierno ruso; los Religiosos que le habitaban habían sido arrancados violentamente de él y deportados, y se anunció en el último otoño á los habitantes de Kroze que la iglesia del convento suprimido, fundado por los Wolodkiewicz, ilustre familia lituana, única iglesia católica que después de tantas supresiones existía todavía en veinte leguas á la redonda, iba á ser cerrada. A esta terrible noticia, los habitantes, horrorizados y desesperados, empezaron desde fin de Octubre á afluir á su parroquia, donde no cesaban de rezar desde la mañana hasta la tarde, y aun por la noche, pidiendo á la Divina Providencia que les conservase su santuario único y querido.

«El espectáculo de estas manifestaciones tan elocuentes, pero tan inofensivas, inquietó é indignó vivamente al gobernador de Kowno, general Klingenberg, y en la mañana del 22 de Noviembre, sabiendo que multitud de católicos habían ido á la iglesia de Kroze, fué allá con una *sotnia* ó destacamento de cien cosacos. Los habitantes fueron intimados para que evacuasen inmediatamente el templo, y como ninguno de ellos quiso obedecer esta orden persecutoria, fué abierta la gran puerta de la iglesia por agentes de policía, y los cosacos penetraron á caballo en su interior, acuchillando á la multitud prosternada, hombres, mujeres y niños. Más de veinte personas fueron muertas y más de cien heridas. Lagos de sangre se formaron inmediatamente por el suelo del templo.

«El resto de los fieles, acosados por los cosacos y violentamente empujados hacia el río Krezenta, que corre cerca de allí, hallaron la muerte en la profunda y rápida corriente. Se detuvo y aprisionó á muchos centenares, porque el gobernador pretendía que aquella reunión insólita y aquella resistencia de los católicos en la iglesia de Kroze eran resultado de una conspiración. En su consecuencia, los desgraciados habitantes debían ser juzgados por un Consejo de guerra, y los más culpables debían ser fusilados. Esto fué, en efecto, lo que sucedió.

«Un úkase imperial de fecha 24 de Agosto de 1893, núm. 2,137, comunicado por el intermedio del Arzobispo católico de Mohilow, residente, como se sabe, en San Petersburgo, prohíbe á los sacerdotes católicos el celebrar la Misa públicamente en las iglesias situadas fuera de la diócesis á la cual pertenecen. Un sacerdote en viaje no puede, en un país donde hay tan pocos eclesiásticos, decir Misa ante los habitantes del lugar.

«El abad Jankowchi, rector de la iglesia de Wsielub, en la diócesis de Mohilow, por haber permitido al abad Paul Karpowicz, de paso por aquella localidad, que cantase públicamente la Misa mayor, ha sido condenado á una multa de cien rublos, con amenaza de castigos mucho más rigurosos en caso de recidiva. Se quiere restringir y destruir poco á poco el culto católico, y ru-sificar completamente á los desgraciados polacos...

«El Gobierno ruso no ha vacilado en *canonizar* al infame Mourawieff, el verdugo de los polacos en 1863. Se le ha consagrado una capilla en la iglesia cismática de Wilna, de aquella misma ciudad que inundó de sangre de los católicos.

«Ahora no se contentan con esta capilla y se edifica una iglesia en su honor. El arzobispo *ortodoxo* de Wilna, Mons. Donat, ha fijado la fiesta de Mourawieff en el 8 (el 20) de Noviembre, y se celebró por primera vez en Noviembre último.

«En dicho día todas las escuelas de Wilna dieron vacación y se verificó una fiesta popular por orden del Arzobispo. La soldadesca rusa se entregó á copiosas libaciones, y los seminaristas *ortodoxos* danzaron en derredor de muchas horcas levantadas en el patio del Seminario en memoria del célebre ahorcador de polacos, y sobre todo de sacerdotes católicos.

«Se cree soñar al leer semejantes relatos, y sin embargo no es sino la verídica y exacta relación de lo que los rusos se permiten actualmente en Polonia.—LELIWA.»

UN INSTITUTO FLORECIENTE

SE ha publicado el catálogo de individuos de que consta la Congregación de Misioneros Hijos del Corazón Inmaculado de Maria, Instituto religioso fundado por el Excmo. Sr. Claret el año 1849 en la ciudad de Vich, y actualmente extendido por varias diócesis de Europa, Africa y América.

Según el censo formado en 31 de Diciembre último, el mencionado Instituto cuenta con 1,039 Religiosos profesos, 175 novicios y 412 postulantes; total, 1,626 individuos.

Lleva establecidas en diferentes diócesis de España 25 Casas y Colegios, cuatro Casas en la República de Chile, tres en la de Méjico y ocho Casas-colegios en el Golfo de Guinea, ó sea en Fernando Poo y demás posesiones españolas en la costa occidental de Africa.

Este Instituto religioso se dedica á la moralización de los pueblos por medio de las Misiones, ejercicios espirituales y otras clases de predicaciones, y á la instrucción de los niños de primera enseñanza ampliada, aparte de los colegios de estudios, donde hacen su carrera eclesiástica los alumnos pertenecientes al mismo Instituto.

Aunque su fundación data, como se ha dicho, del año 49, su desarrollo no comenzó hasta el 68, en que se cumplió una profecía del venerable fundador Sr. Claret: «No crecerá, dijo, este árbol mientras no se riegue con sangre.»

Y, en efecto, regado en la época revolucionaria con la sangre de un mártir, el Rdo. P. Francisco Crusats, perseguido en los demás individuos y principalmente en la persona de su dignísima cabeza el Rdo. P. José Xitré, superior general (que hoy día sigue rigiendo los destinos del Instituto desde el 1.º de Mayo de 1858), expatriado en Francia y privado de todo cuanto en España poseía, comenzó á desarrollarse paulatinamente, y en solo cinco lustros ha conseguido llegar al estado floreciente en que hoy le admiramos.

Es de esperar que tome mayor vuelo todavía el Instituto de los Misioneros Hijos del Corazón de María cuando la Santa Sede haya aprobado la heroicidad de las virtudes de su preclaro fundador el siervo de Dios Antonio María Claret, cuyo proceso informativo de beatificación se está hoy revisando en Roma.

CRÓNICA

Roma.—El 1.º de Febrero fué recibido en audiencia por León XIII el Rmo. P. Fr. Ezequías Bauci, franciscano, obispo titular de Alicarnaso y vicario apostólico de Hupé Occido-Septentrional, complaciéndose Su Santidad en escuchar las detalladas noticias que acerca de las Misiones Franciscanas de China le daba. De una relación oficial hecha por este celosísimo misionero se desprende que el vicariato por él administrado se halla en un estado muy floreciente. Cuenta 8,650 cristianos, 118 estaciones de Misión, 43 iglesias ó capillas, 19 escuelas con 468 alumnos, seminario y colegio con 22 alumnos, orfanatrofios para niños y niñas; se han bautizado 263 adultos convertidos, 5,116 párvulos recogidos por la Santa Infancia, y se ha administrado el sacramento de la Confirmación á 126 cristianos. Para tanta labor sólo tiene á su disposición el Ilmo. P. Banci 8 Religiosos Franciscanos, 11 sacerdotes indígenas y 25 Terciarias Franciscanas también indígenas.

Italia.—El reverendísimo Padre Ministro general de los Franciscanos ha recibido una expresiva carta del Presidente de la Exposición de las Misiones Católicas de Génova, en la que le da las más rendidas gracias por el apoyo que le ha prestado mediante las Misiones de la Orden, las cuales han contribuido grandemente al esplendor de la Exposición con los muchos y variados objetos por ellas remitidos; y le anuncia la distribución de algunas limosnas en la siguiente forma: A la Misión Franciscana de Pampa Central (Río-Cuarto), 350 liras; á la de Salta, 500; á la de Tarija, 500; á la del Pará en Manaos, 200, y á la del Castro (Chile), 650. Total: 2,200 liras.

Paris.—Existe en París un curiosísimo Museo desconocido por los viajeros y los sabios. Sin embargo, las colecciones que encierra no carecen de interés: curiosísimos cuadros, vestidos chinos, cochinchinos y anamitas, todo un arsenal de instrumentos de martirio de Oriente, pequeños objetos usuales en aquellos lejanos países, son colecciones llenas de interés.

Es el Museo de las Misiones Extranjeras de la calle de Bac.

Para el católico hay en él más que un interés de curiosidad: todos aquellos objetos han pertenecido á los Mártires ó han servido para su suplicio. Allí se pueden ver las pesadas cadenas con que fueron cargados, las cuerdas que sirvieron para estrangularlos, el cáliz en que ofrecían el divino Sacrificio, los cuchillos que cortaron las cabezas de aquellas nobles víctimas.

Todo esto hace que el Museo de la calle de Bac sea de gran interés para el católico, y que su visita sea algo así como un tributo de admiración á los entusiastas misioneros que arrostraron el martirio allá en Oriente por propagar la doctrina de Jesucristo.

Kim-Bich (Tung-King Oriental).—El P. Domingo Baró, misionero dominico, escribe:

«En mi última decía que estaba en la frontera de la China; pero como allí peligrosaba, á causa de tanto pirata chino que se introducía, el señor Vicario apostólico me mandó ir á administrar el partido de Kim-Bich, no menos necesitado de Padre misionero, en donde me hallo al presente sin novedad, gracias á Dios. Es un partido muy extenso con unos dos mil cristianos, y al presente hay movimiento hacia nuestra Santa Religión en algunos pueblos del rededor; ya antes el P. Carboja la administró; pero á falta de personal se tuvo que abandonar.

«Un caso curioso pasó el año pasado aquí por Pascua de Resurrección, que prueba la fe de estos cristianos.

«En la dominica *in Albis* por la mañana, los cristianos de dos pueblos de aquí cerca, al volverse á sus casas después de oída la Misa, encontraron en medio del camino dos grandes cruces trazadas en el suelo como en tiempo de persecución: en seguida unos se quitaron sus tradicionales sombreros y parte de sus vestidos, y con ellos y pañuelos las cubrieron con veneración; otros fueron á sus respectivas iglesias por cortinas y parasoles para el mismo efecto; otros guardaban religiosamente todo el circuito impidiendo el tránsito á los pasajeros para que nadie las profanase, obligándoles á dar una gran vuelta para evitarlo; y otros por fin se fueron á dar parte al Padre anamita de lo que pasaba, quien al momento mandó dos catequistas para averiguar á qué pueblo pertenecía aquel lugar, lo que averiguado llamaron á los notables de aquel pueblo infiel y les hicieron cargos y responsables de lo sucedido, y les obligaron á que todos ellos con los vestidos de solemnidad y con todos los instrumentos que usan para su culto, como banderas, parasoles, abanicos, bombos, platillos, etc., etc., habían de ir desde el pueblo hasta aquel lugar en procesión, y con las mismas andas doradas con que ellos llevan sus ídolos, habían de llevar en procesión toda la tierra que ocupaban dichas cruces hasta el río, que está bastante lejos, y así se ejecutó todo á expensas del pueblo culpado, que tuvo que dar también dos comidas á los cristianos concurrentes y alimentar por tres días á los que guardaron el lugar; pues como el jefe de cantón no quisiese comparecer, quedó aquel lugar convertido en templo, custodiado así tres días y tres noches, hasta que dicho jefe compareció; así que les costó cara la cosa, y á pesar suyo dieron gloria á Dios.»

Estados Unidos.—El Gobierno de los Estados Unidos, que tiene el derecho de hacer erigir dos estatuas en el panteón de Washington, ha designado la del jesuita P. Marquette, que descubrió el Mississipi superior, para figurar en el citado panteón.

—La colonia italiana en los Estados Unidos se hace cada día más numerosa. En vista de lo cual la Propaganda va á nombrar un vicario apostólico especial para los italianos residentes en la gran república. Dicese que se ha tomado este acuerdo importante en virtud de indicaciones de Mons. Satolli, y que ocupará dicho puesto el P. Vincentius, de los Oblatos de San Carlos.

—Satisfactorio es el estado de la V. O. Tercera de San Francisco establecida en Bostón por los Padres Franciscanos de la Provincia de la Inmaculada Concepción. El primero que introdujo la V. O. Tercera en aquella metrópoli fué el M. Rdo. P. Fr. Emiliano, O. S. F., en 1867. Llamado más tarde á dicha ciudad por el reverendísimo señor arzobispo Juan José Williams, el reverendo P. Fr. Joaquín Guerrime se consagró con gran celo, actividad y perseverancia á la propagación de la Tercera Orden, la cual cuenta ahora más de 850 individuos, y cada día va adquiriendo notables incrementos, porque todos los días en que se celebra congregación acuden muchas personas solicitando hacerse hijos de San Francisco.

Es verdaderamente admirable ver á tantas personas acudir á inscribirse en la Tercera Orden, sin impulso alguno exterior ó terreno, y sólo con el deseo de hacerse mejores cristianos y de enriquecer sus almas con las innumerales gracias é indulgencias que le han concedido los Sumos Pontífices. En 1881 no había más que 200 Terciarios, y hoy hay 850.

Guatemala.—El domingo de *Septuagésima*, 21 de Enero, celebró su fiesta anual la Obra de la Santa Infancia, en la iglesia de Santa Rosa. A las nueve y media se verificó la procesión con la imagen del Niño Jesús, que los asociados llevaban sobre andas; precedíanle todos los niños, llevando dos estandartes. Después celebró solemnemente la Misa el vocal del Consejo diocesano de la Santa Infancia, presbítero D. José Gabriel Ramírez, predicando otro vocal del mismo Consejo, presbítero D. Salvador Arzú. Al terminarse la Misa el celebrante dió la especial bendición á los niños, que la Santa Sede ha concedido para las fiestas de la Obra. He aquí las oraciones de esta hermosa bendición: «Dios todopoderoso, cuya clemencia imploramos en favor de estos niños, dignaos bendecirlos, y por la virtud del Espíritu Santo fortificad sus

corazones, santificad su vida, haced que florezca su castidad, aplicad y formad sus manos á las buenas obras, concededles á todos la prosperidad, la paz y la salud, dilatad sus corazones por la caridad, defendedlos con vuestra gracia y protección de todas las asechanzas del infierno y del mundo, á fin de que por vuestra misericordia alcancen un día el reposo y la felicidad del Paraíso...» «Señor Jesucristo, que tomabais en vuestros brazos los niños que os presentaban ó se acercaban á Vos; que los bendecíais poniendo sobre sus cabezas vuestras manos diciendo: «Dedjad que los niños se acercan á Mí y no se lo impidáis, porque de ellos es el reino de los cielos, y sus Angeles están continuamente en presencia de mi Padre,» os rogamos que dirijáis vuestras miradas sobre éstos que su piedad ha reunido en este recinto; que descienda sobre ellos la abundancia de vuestras bendiciones, para que crezcan en vuestra gracia y en vuestro amor, para que os gusten, os amen, os teman y observen fielmente vuestros mandamientos, para que obtengan la felicidad eterna, por vuestros méritos, dulcísimo Salvador del mundo...» Más de cien niños se agrupaban en Santa Rosa al rededor del altar, acompañados de sus madres unos y de sus ayas otros, sin que faltaran allí las Hermanas de la Caridad, los ángeles de la Santa Infancia en la China y en el Africa, que con los misioneros son los fieles ejecutores de aquella empresa de sacrificio, de abnegación, de amor, á la que cooperan tantos millares de niños católicos en el mundo con sus limosnas y oraciones, esa Obra que concibió el corazón de oro de Mons. Forbin-Janson, obispo de Naney y de Toul, y que fundó el 25 de Marzo de 1843, festividad de la Anunciación de la Santísima Virgen.

Patagonia Central.—Grandes son los resultados producidos por los benéficos hijos de Don Bosco, en el Chubut. Dos Padres y algunos coadjutores forman la Misión. En el corto espacio de un año, uno de los Padres en tres meses recorrió trescientas leguas, visitando á los indios que se hallaban dispersos, predicando la fe á más de mil indios y bautizando á doscientos.

En el Chubut y Río Negro, donde están los Padres, se encuentran tres colores de indios: los mazaneros, que hablan el *araucano*; los pampas, que hablan el *pampa*; y los tehuelches, que hablan un idioma que difiere del araucano y del pampa, pero que entienden el araucano, empleado por los misioneros para llevar la luz á las inteligencias de esos pobres hombres. La religión de estos indios es dualista; creen en un Ser creador todopoderoso, y en otro maléfico que llaman Kualidro, á quien temen por creer que es causa de los males todos y de la muerte. Practican una moral natural; se casan con una sola mujer, siendo la poligamia privilegio de sus caciques ó gambueses. Son dóciles y se dejan vencer sin dificultad.

En la capital del territorio Rawsón han fundado los Salesianos desde su llegada, 1892, una escuela elemental y un oratorio festivo para entretener á los niños con honestas diversiones; han asistido y suministrado medicamentos á los enfermos pobres.

Se trata de llevar á cabo gran número de fundaciones de evidente necesidad, para lo que los Salesianos han demandado socorro del pueblo argentino.

No se podía esperar otra cosa de los ilustres hijos de Don Bosco. Los pueblos que como el argentino desean llevar la civilización á las apartadas regiones de los confines de su territorio, donde los pobres indios al par que carecen de toda luz, son elementos inútiles y peligrosos, esos pueblos, decimos, no perderán momento en llamar y proteger á esos que no tienen otro interés que la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Noticias varias.—Los Religiosos Franciscanos de Londres recogen á manos llenas los frutos de su apostolado. En poco tiempo han visto acrecentada con 300 almas la parroquia de Forest Gate, regentada por ellos, la cual cuenta hoy 2,319 católicos. La escuela elemental es frecuentada por mil alumnos y la de gramática ha recibido un incremento de 33.

—El sucesor del cardenal Lavigerie, Mons. Combes, dirige los trabajos que se dedican á erigir el monumento sepulcral de su

ilustre antecesor en la Silla de Cartago y Túnez. «Basta interesarse, ha dicho, en los progresos de la civilización, para conservar como preciosas reliquias un nombre y una memoria que han de quedar inseparablemente unidos al nombre de la moderna Cartago. El de Aníbal podía ser odioso para Roma; el de Lavigerie es igualmente respetable para todos.»

—Los gentiles de Trichinopoly, en la India, han dado cruel muerte al misionero católico P. A. Mirdanbedher, habiéndose concertado para ello en medio del mayor secreto.

—La república de Transvaal, en el Sur de Africa, hace cuarenta ó cincuenta años era un país de antropófagos. Por los trabajos de los misioneros católicos, hoy puede contarse entre los pueblos civilizados. ¡La Iglesia católica, en todas partes y mal que pese á los sectarios, es la madre de la civilización!

—Gracias al infatigable celo del M. Rdo. P. Lerchundi, que no escatima sacrificio alguno cuando se trata del bien espiritual y temporal de las Misiones de Marruecos, se instaló el 10 de Enero el primer reloj público en la Casa-Misión Franciscana; acontecimiento que llenó de entusiasmo á todos los tingitanos, quienes conservarán perpetuo y sincero agradecimiento á los Franciscanos por el singular beneficio que acaban de hacerles. Con este motivo se han celebrado solemnes fiestas religiosas, amenizadas por los acordes de la banda musical de la Misión.

—Ha fallecido á los setenta y dos años el Rdo. P. Nicolás Blanc, que durante cuarenta y cinco años ha predicado como misionero católico en los archipiélagos oceánicos de Gambiers, Tahiti y Movrea, donde publicó numerosos Catecismos y fundó varias escuelas.

—En Birmania se hallan ahora frente á frente dos Misiones, una católica romana, y otra protestante. Mientras la primera trabaja con gran fruto espiritual de los indígenas, la segunda se ha declarado pura y simplemente una factoría; pues vende telas, perfumes y específicos, y trafica escandalosamente con la ignorancia y buena fe de los pobres birmanos.

Lo de siempre y lo de todas partes. Los misioneros católicos proceden de Roma.

—Se ha inaugurado en Constantinopla un nuevo edificio destinado á escuela, que han de regentar los Hermanos de la Doctrina Cristiana bajo la doble protección de Mons. Bonneti, delegado de Su Santidad en el Imperio otomano, y del Embajador de Francia, Mr. Gambón; pero lo más digno de notar es que el mismo Sultán ha contribuido con una cuantiosa ofrenda para la instalación de dicho instituto de enseñanza cristiana.

VARIEDADES

LA CAPITAL DEL JAPÓN

SITUADA en una extensa llanura, la capital del Japón es, después de Londres, la ciudad más grande del mundo, atendiendo al perímetro que ocupa, si bien el número de habitantes no pasa de dos millones, donde podrían habitar quince. Compréndese fácilmente este cálculo, sabiendo que de los 85 kilómetros cuadrados que arroja la superficie total de Yeddo, sólo 8 ó 10 kilómetros cuadrados comprende la población habitada, estando ocupados los restantes por los palacios del emperador y de los nobles, por los parques, jardines y fortificaciones.

Yeddo está dividida en dos partes por el río Okava; Hondjs, que es la parte más pequeña, forma una isla,

distribuida en ocho barrios y ocupada casi totalmente por templos y palacios.

Divídese á su vez la ciudad propiamente dicha en tres partes: Siro (el castillo), Soto-Siro, alrededores del castillo, y Midsi, la población.

Siro, residencia del emperador, se encuentra en el centro de Yeddo, rodeado de altas y espesas murallas que forman una especie de ciudadela de ocho kilómetros de circunferencia. Además del palacio imperial, álzase en Siro el destinado al presunto heredero del Japón, y los tres que son habitados por los «gosankios» ó príncipes de sangre real. Todos estos edificios, de líneas sencillísimas, dan idea del gusto japonés, grave y sobrio por demás.

Dentro del recinto de Siro elévanse dos altas colinas, desde donde se descubre un hermoso panorama de jardines y el grandioso golfo de Yeddo, á cuyos puertos acuden sinnúmero de navíos de todos los países.

Soto-Siro rodea el castillo, del que le separa un foso, practicable por medio de doce puentes. Comunica con la ciudad, atravesando el canal de Chori, sobre el cual se levantan treinta puentes, algunos tan importantes como el famoso Nipón-Bassi, puente del Japón, que está considerado como centro geográfico del Imperio.

La ciudad (Midsi) encierra algunos monumentos notables, como son los templos de Confucio y del Kanda, la Universidad de Yeddo, donde se estudia la geografía, las ciencias físicas, lenguas, escritura japonesa y china, y sobre todo la alta literatura japonesa, que tiene sus fuentes en la literatura clásica de la China. Midsi cuenta con un gran teatro capaz para ocho mil espectadores y con una soberbia pagoda, mausoleo tradicional de los soberanos.

Yeddo mantiene un comercio muy animado con todos los puertos del mundo. Los principales artículos de tráfico son las maderas y el papel, acopiados dentro de la ciudad en grandes almacenes.

Esta circunstancia favorece los incendios á que está muy expuesta, así como á los temblores de tierra. Uno de estos, en 1868, destruyó millares de casas y muchos templos, é hizo perecer á treinta mil habitantes. Pero la ciudad remedió pronto las pérdidas, supliéndolas con ventaja en cuanto al aspecto y á la regularidad de calles y edificios.

SEPULCROS INDIOS

Hace poco, en el pequeño pueblo de Angel, cerca de la frontera del Norte (Estados Unidos), hicieron unas excavaciones en unas *tolas*, sepulcros de los antiguos indios, hallándose varios cacharros de barro y algunas piezas de oro.

Nuestro compatriota el Dr. González Suárez, gran aficionado á los objetos arqueológicos, que le revelan la verdad respecto del grado de cultura de los aborígenes, partió al Angel, donde permaneció dos meses, regresando á Nueva York con gran acopio de curiosidades importantísimas. Una de las que más llaman la atención es un espejo de forma oval, de obsidiana, perfectamente conservado.

No es menos notable un silbato de oro, en forma de

huevo, en uno de cuyos extremos hay un mono del mismo metal; uno y otro demuestran que los indios se hallaban bastante adelantados en el arte de labrar los metales. En piezas de barro cocido, el Dr. González Suárez las tiene preciosas: admira, v. gr., el primor con que se ha imitado un par de caracoles.

NECROLOGÍA

RDO. P. FR. EMILIO DE STREVI, CAPUCHINO.

A últimos de Enero último la benemérita Orden de los Capuchinos perdió en Montevideo uno de sus virtuosos y caracterizados miembros en la persona de Fr. Emilio de Strevi, conocido en el siglo por Juan de Mantelli.

Hijo esclarecido de San Antonio, desde el momento en que recibiera la ordenación sacerdotal fué adquiriendo muy justa reputación por su celo religioso, por su inteligencia, por su ilustración y excelentes prendas personales.

En todas las residencias á donde lo llevó la santa obediencia, fué incansable obrero en la viña del Señor, derramando copiosos bienes por su inagotable caridad y su corazón, siempre abierto á todo lo grande y generoso.

Algunos datos sobre su vida hablan elocuentemente de los méritos del virtuoso hijo de San Antonio, que, después de consagrar cuarenta y siete años al servicio de Dios, ha rendido su vida, y su alma, justo es creerlo, estará gozando de las eternas recompensas.

Fray Emilio nació en Strevi próximamente el año 1829, y entró en la Religión á los dieciocho años, ordenándose de sacerdote apenas tuvo la edad requerida para abrazar la vida religiosa.

Sus primeras armas las hizo en Misiones por toda Italia, llevando la luz del Evangelio al seno de las ciudades, villas y pueblos, y su palabra cosechó no pocos corazones para Dios Nuestro Señor.

Después, el año 1857 fué destinado á Túnez, donde permaneció veinticinco años, y de allí la obediencia lo llevó á Montevideo, al convento de la Orden, en el que ejerció el cargo de superior, cargo que más de una vez renunció, ya por su avanzada edad, ya por la humildad que presidía todos sus actos y lo hacía doblemente apreciable para sus superiores y cuantos le trataban.

Esa humildad fué la que le conservó en el simple carácter de Religioso, pues estando en Túnez, tres veces fué propuesto para obispo, siendo aceptado por la Santa Sede, no llegando á consagrarse por las circunstancias políticas de aquella ciudad africana.

Ha muerto á los sesenta y seis años de edad, y ha muerto con una de aquellas muertes benditas de Dios, en que se ve ostensiblemente que la última plegaria modulada en la tierra concluye con el primer himno de elección en el cielo.

Muchos llorarán á Fr. Emilio, porque en él encontraban al buen consejero, al excelente amigo, al padre cariñoso.

En la Orden á que pertenecía deja un vacío, porque de todos sus hermanos era conocido el celo con que ejercía el sagrado ministerio, dedicándose muy especialmente á dirigir las conciencias de sus innumerables penitentes.

En su carácter de Religioso fué modelo estricto y severo cumplidor de las Reglas y Constituciones de la Orden, que amó con ardor sumo, más que á su propia vida.

Como hombre ilustrado, también se distinguió el P. Emilio: grande era su afición á los libros, cultivando así su espíritu selecto.

Entre otros cargos que desempeñó á satisfacción de sus superiores se cuenta el de confesor de Religiosas, así como el de director de la Orden Tercera, distinguiéndose siempre por su solitud, su criterio y su afabilidad.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona